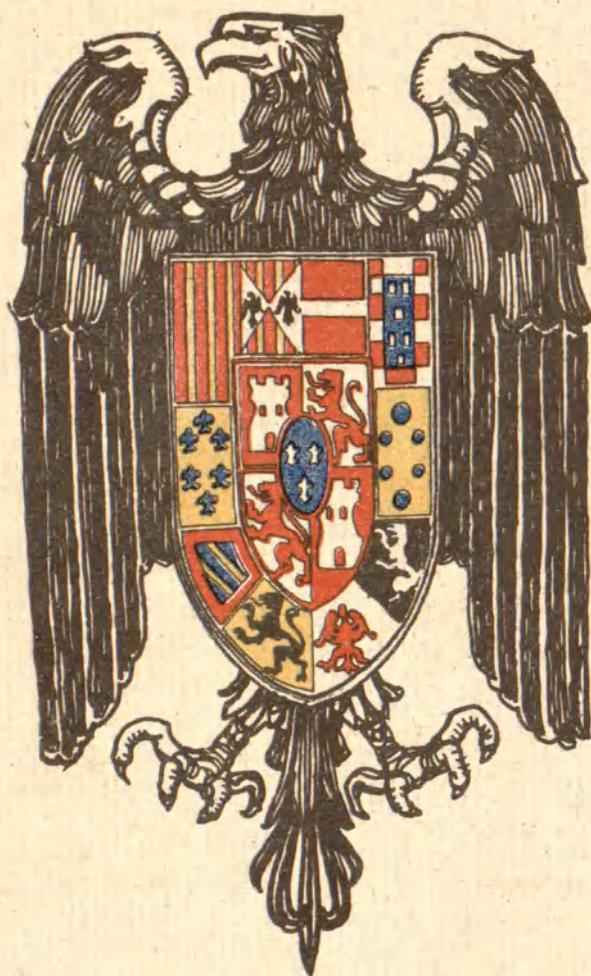


VOLUNTAD



• **NUMERO IV** •
MADRID • 1.º • D • DICIEMBRE • DE • 1919
• DIRECCION •
COLMELA Nº 8

PRECIO P. NUM.º
DOS PESETAS



SUMARIO

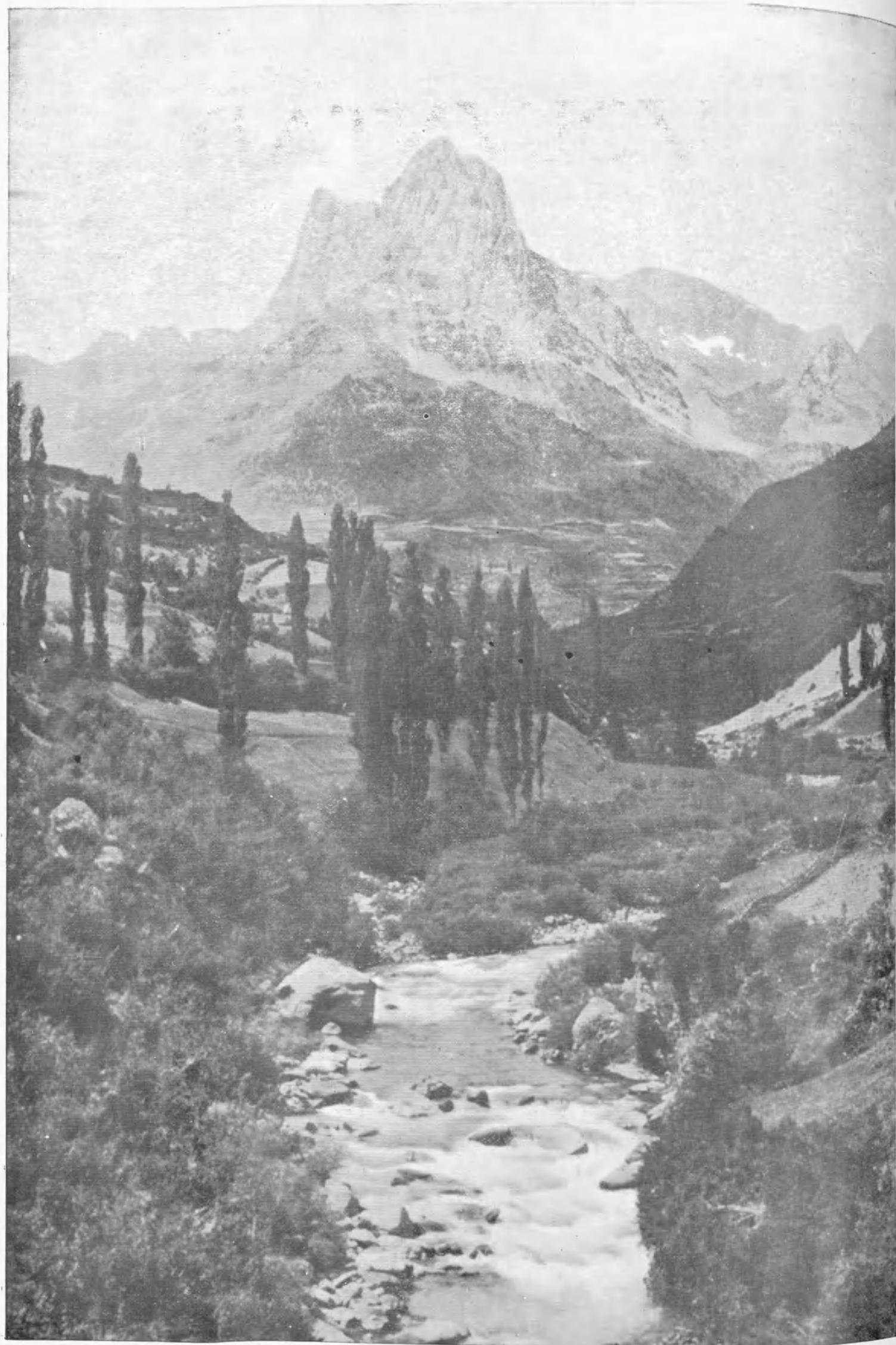
- Portada:** *Cabeza de estudio*, por José Moreno Carbonero; en tricromía.
- Paisaje de los Pirineos:** Peña Foratata y Río Gállego, por Otto Wunderlich. Fotografía adquirida para nuestro Concurso.
- Hombres de antaño:** Un monje Catalán. Estudio histórico, por la Condesa de Pardo Bazán. Dibujos de Moya del Pino.
- Pátina:** Poesía, de Manuel de Sandoval, ilustrada por A. Vivanco.
- Ayer, hoy, mañana:** Diálogo, por E. Gómez de Bequero. Dibujo de Ochoa.
- Granada la Bella:** Texto de Angel Ganivet, y apunte a pluma de Enrique Marín.
- La Cumbre Mística:** Ensayos de psicología española, por Ricardo León, ilustraciones de Moya del Pino.
- El sombrero de tres picos:** Dúo de la obra inédita del maestro Chapi, inspirada en la novela de D. Pedro Antonio de Alarcón.
- Acta de la quincena:** Crónica de VOLUNTAD, con numerosas ilustraciones.
- Crónica musical,** por Rogelio Villar, ilustrada con una información gráfica de Joaquín Larregla.
- Alpinismo:** Elementos de cultura físico-artística, por A. G. de Anezua con fotografías obtenidas por el autor.
- Las piedras de Majerlt,** por Victor de la Serna, con ilustraciones del mismo.
- El asilo de Porta Coelli:** Información de Manuel Cossío y Gómez Acebo, con interesantes documentos fotográficos.
- Tetuán:** Viajes por el Marruecos Español, por Angel Muñoz Bosque. Artículo ilustrado con numerosas fotografías.
- La vida en el Extranjero:** Página gráfica.
- El navío:** Poesía de Rafael Lasso de la Vega. Dibujo de Moya del Pino.
- Pedagogía:** La enseñanza superior y las clases populares. Estudio por E. Ibarra y Rodríguez.
- Páginas del hogar:** por José María de Soroa. Ilustración de Moya del Pino.
- ¿Qué quiere decir Cristiana?** Palabras de VOLUNTAD.
- Díptico:** Por E. Marquina. Dibujo de Ochoa.
- Cuentos sabidos:** *Dignidad profesional*; poesía de Enrique Menéndez y Pelayo, ilustrada por A. Vivanco.
- El Manto de Armíño:** Fantasía, por J. Ortega Munilla. Dibujo de Moya del Pino.
- Las mujeres de hoy:** Página social, por María Lázaro, seguida de una página gráfica.
- Encartes artísticos:** *Cabeza de estudio*. Dibujo de Velázquez, existente en la Biblioteca Nacional. *La Inmaculada Concepción*. Grabado en doble tono; reproducción del cuadro de Murillo; el del Museo del Louvre.
- La Novela de un novelista:** Por Armando Palacio Valdés. Ilustraciones de Juan José.

Madrid, 1 de Diciembre de 1919



ARTISTAS ESPAÑOLES
JOSÉ MORENO CARBONERO

Cabeza de estudio



PIRINEOS — PEÑA FORATATA Y RÍO GÁLLEGO

Paisaje de Otto Wunderlich

(Fot. adquirida para nuestro Concurso.)







El público, aguardando turno a la puerta del Ministerio de la Guerra, para obtener pan.

ACTA DE LA QUINCENA



El último día de las carreras de Otoño.—Una silueta muy de moda

Cuatro coloraciones ha tenido la quincena última. Lo blanco nos envolvió dos días. Era que de los altos cielos caía la nieve. Cubrióse de albor la tierra. Paseos y calles, tejados y arboledas relucieron bajo el tapiz de copos.

Después el verdear de las olas marinas pasó por la imaginación maritritense, evocando en ella las misteriosas profundidades del Océano. Era que se celebraba en la Capital el Congreso de Oceanografía. Sabios inquiridores del abismo acudieron bajo la presidencia del Rey Alfonso y del Príncipe de Mónaco para darnos la bella lección de la fauna y la flora sumergidas.

Lo rojo palpó un momento como chispeo de incendio. Era que en el Parlamento se había iniciado un grave, hondo, apasionadísimo debate. Los vocablos derivaron en acciones. La retórica, de cuyo abuso se acusa a la tribuna hispánica, convirtió los tropos en golpes, como en aquel cuadro del vehementísimo artista Salvator Rosa, del que dijo el crítico que si el pincel hubiera avanzado una línea más en la emoción hubiera saltado del lienzo la sangre.

El oro centelleó más tarde, el oro de la ciencia creadora, el que fructifica magníficamente sobre la tierra, el que horada la tierra para sacar del silo los tesoros mineralógicos, el que abre túneles en las montañas, el que encierra las fugaces corrientes de las lluvias y de los ríos en depósitos salvadores cuando la sequía aflige a los labriegos, el que une los abismos en el salto prodigioso de un puente de hierro o de piedra, el que eleva alcázares para los ricos y amplios hospedajes para los humildes... Es que se verificaba el Congreso de ingeniería, en el que, siempre bajo la gallarda, providente égida del Soberano, España aparecía potente y cultísima.

Por fin cubrieron el panorama social de la Villa del Oso y del Madroño nieblas negrísimas. Es que las tahonas no laboraban, es que los obreros de la panadería estaban en huelga. Es que faltaba el pan... Hay una hora fatídica en la plaza pública y en el recóndito hogar: es aquella en la que la despensa no encierra el símbolo de la vida física. La hogaza se ha ausentado, y con ella los humildes júbilos de los hambrientos. El niño pide la rebanada que han de morder sus crudos dientes de marfil, y la madre le contesta que el pan no es accesible porque le han declarado contrabando los reformistas de la sociedad.

Y así hemos vivido en los días últimos de que ha de anotarse aquí la noción principal... Observad... Han pasado los matices fundamentales del arco iris: blanco, que dicen los físicos que no es color, sino ausencia de color, y el verde, el rojo, el áureo y el negro... ¿No será que la imaginación nos ha dado las impresiones de esas diversas iluminaciones que fueron proyectadas por el pensamiento de los hombres? ¿No será que al deducir las esencias reales es el negro el único color que verdaderamente nos rodea?... Aunque en el momento en que esta página se escribe, el Sol castellano irradia, mirando con atención el espectáculo, adviértense obscuridades... ¡Hasta cuando reimos se nos hunde la risa en el abismo trágico...!

Nos hallamos ahora en el Hipódromo. Pasan en frenética carrera los caballos luchadores... Digno de estudio ese animal, de piel lustrosa, de linda cabeza agil, de pupilas agitadas y estremecidas... Pablo de Céspedes, trazó la figura en aquel su bellísimo poema que es todo enérgica, ardorosisísima invención... El caballo de carreras es una máquina que se dispara bajo la endeble guía de un jinete pequeño, al que se impone un régimen de abstinencias para que no le abruma al corredor la pesadumbre... Unas velocísimas patas, una crin que flota, una colita escasisíma que más parece timón que adorno... Una sombra que pasa, gritos de la multitud... Una turbonada de polvo y de colores... Y después, acaso, la muerte...



El último día de las carreras de Otoño.— La señorita Isabel Gabaldá y la señora Marquesa de Aldama paseando, ante las tribunas.

¿Quién ha ganado?... ¿Quién ha perdido?... Y en tanto que en las taquillas se liquidan las apuestas, el jockey parece reventado, y el héroe verdadero de la liza, el caballo, cae destruido, habiendo llegado antes al pudridero que a la meta... Emblema de las glorias fracasadas...

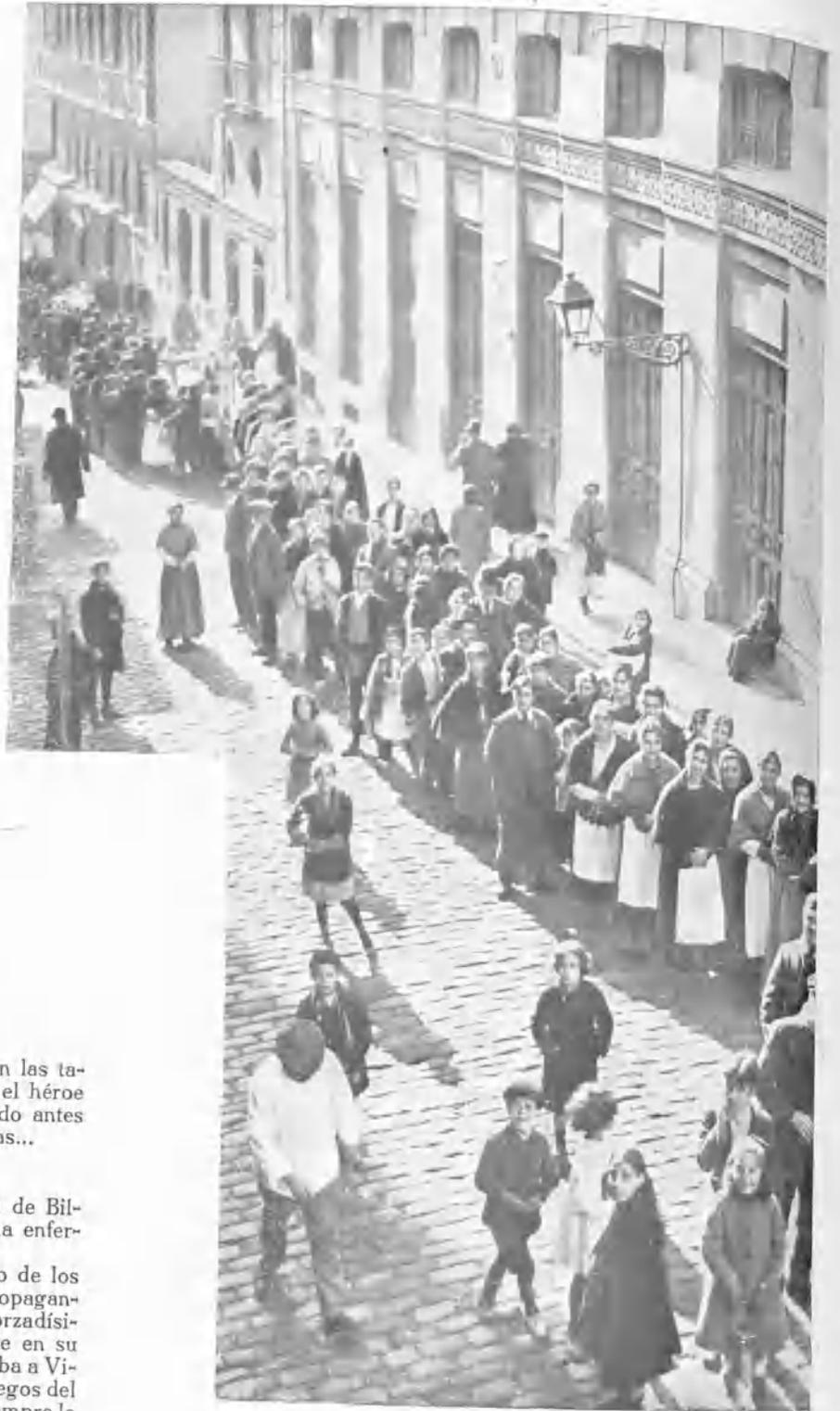
¡Qué inmensa pena hemos sentido al recibir aquel telegrama de Bilbao que nos decía: «El Padre Gonzalo Coloma ha muerto en la enfermería de la Universidad de Deusto...»

El magno orador sagrado, el poeta delicadísimo, el caballero de los ideales ignacianos, el maestro de la literatura, el incansable propagandista de la fe, el doctrinador del clero, el sabio, el santo, el esforzadísimo... ya no existe. Enfermo ha tiempo, laborando no obstante en su perdurable empresa, viajaba, sin tomar el menor reposo. Llegaba a Victoria o a Sevilla, ora con los fríos invernales, cuando con los fuegos del estío, y apenas descendía del vagón iba al templo, en el que siempre le esperaba la multitud... Sonaba su voz dulcísima, y en torno de la venerada tribuna florecía la graciosa mente en doctrina y en imágenes. El lenguaje castizo manaba en la abundancia de la fuente mística... ¡Cuántas conversiones le son debidas!... El ingenio del Padre Gonzalo Coloma era inagotable. Tenía el secreto de la palabra acerada, del comentario intencionadísimo, siempre amoroso. Sabía decir de lo profundo entre jovialidades... Y en sus sermones que han empezado a imprimirse — van dados a la estampa cuatro volúmenes — queda la mágica virtualidad de un entendimiento asombroso... ¡Gran dolor el nuestro!... ¡No oiremos más al Maestro!... Pero su doctrina nos alienta.

El Apostolado de la Oración de Jesús ha celebrado en Madrid su fiesta devotísima. Cuanto más tristes son las horas, más ardiente es el amor de los hombres al Sumo Bien... España entera ha rezado. Con apuntar la santa efemérides basta... El corazón doliente se ha detenido ante el Corazón Eterno. El pueblo cayó de rodillas... Y de lo Alto descendió el efluvio redentor.

En Londres está con su augusta madre, S. M. la Reina de España, el Infante Don Jaime. La prensa ilustrada ha dado la visión simpática del noble niño, de faz riente, inteligentísima, cuando iba a tomar el tren en que emprendía su primera expedición, sin más compañía que la de su maestro y guía. Parécenos muy emocionante ese viaje que evoca lontananas leyendas. El hijo de Reyes sale de su patria, atraviesa buena parte del continente europeo, y llega a Inglaterra para recibir el beso materno... Niño encantador, para el que solicitamos de Dios la suprema ventura... Angelito que lleva en sus alas la flor de lis de un preclaro linaje...

España tiene un nuevo Cardenal. Su Santidad el Pontífice ha otorgado al Arzobispo de Zaragoza, Sr. Soldevilla, la púrpura inmortal. Allí, bajo la cúpula del Pilar, será ornada la venerable cabeza con el birrete de los Consejos del Espíritu Santo.



La «cola» formada en la calle de Tetuán, durante la huelga de panaderos, por las pobres gentes que esperaban días enteros para conseguir pan malo y caro.



La nieve en Madrid.— Un esposito del Parque del Oeste, durante la nevada. (Foto. L. Regla).



La Orquesta Filarmónica, que dirigida por eminente maestro Pérez Casas, ha dado en el Teatro Price una brillante serie de con-

ciertos patrocinados por el Círculo de Bellas Artes. — En el círculo: El maestro Pérez Casas y el violoncelista Casals.

CRONICA MUSICAL

Entre los acontecimientos de carácter musical más salientes de la segunda quincena de Noviembre, hay que señalar los conciertos que está celebrando la Orquesta filarmónica en Price, con la cooperación de Ca-

por sus obras sinfónicas, pocas en número y de escaso valor. En realidad el poema de Wolf no se distingue por ningún rasgo especial ni en el estilo ni en la forma. La mezcla de los procedimientos más diversos en el aspecto exterior, empleadas por Berlioz y Strauss, en los momentos más burdos de sus obras, es lo que sobresale sobre toda otra cualidad. Un episodio poético, que recuerda a Wágner, en la parte amorosa de la tragedia del poeta alemán Kleist, en que está inspirado el poema de Wolf, en todo.

La feliz iniciativa de que los solistas españoles (violinistas, pianistas y violoncellistas) toman parte en los conciertos de Price, dando a conocer las obras maestras de piano, violín y violoncello con orquesta, ha sido muy bien acogida, siempre que no se prodigue, pues se corre el peligro de que el público se aficione demasiado a lo que tienen de exhibición de la presentación de estos concertistas, perjudicando la labor de cultura musical que vienen realizando nuestras orquestas por la difusión del género sinfónico.

Otra idea muy afortunada también ha sido la de suprimir las repeticiones de las obras, que si en un poema de cortas proporciones y que se ejecuta por primera vez, es tolerable, en un tiempo de sinfonía no debe hacerse sin perjuicio de romper su unidad estética.

La orquesta filarmónica ha comenzado su serie de conciertos, con el patronato del Círculo de Bellas Artes, dando a conocer el poema a «Penthesilea» del compositor austriaco Hugo Wolf más conocido por sus deliciosas canciones a las que debe su reputación que

Respecto a la labor de Pérez Casas repito ahora lo que dije en otra ocasión: que el ilustre músico posee el sentimiento de los estilos y un temperamento que no se manifiesta exteriormente durante la audición pública en genuflexiones ridículas, en gestos pantomímicos, en actitudes teatrales, pues la verdadera labor de un director de orquesta la hace en los ensayos, no ante el público. Pérez Casas, conocedor de la técnica orquestal como pocos maestros, tiene cualidades admirables de director de orquesta: firmeza, vigor, elegancia, pasión interior, aplomo, sangre fría. Por esto en su magnífica orquesta (compuesta de más de noventa profesores notables, en la que hay elementos valiosos y solistas distinguidísimos) los detalles, conjunto, afinación, claridad, fraseo, acentuación y unidad de estilo, se perciben con diafanidad causando la impresión de las cosas bien hechas en arte. Y como Pérez Casas es un artista además de un excelente músico, la poesía y la expresión de las interpretaciones, de los más diversos estilos y escuelas, llega a los límites de lo perfecto; teniendo el don de comuni-



Modelos del Círculo de Bellas Artes dedicadas a vender flores en Price, a beneficio de las obras de Caridad, durante los conciertos de la Filarmónica.



La señorita Asunción Velázquez, discípula del maestro Larregla, y primer premio de piano

car su espíritu a la falange orquestal que está bajo sus órdenes, disciplinada, inteligente y siempre dócil a sus indicaciones.

La orquesta filarmónica vibra con sonoridades bellísimas, no sacrificando ningún efecto al latiguillo de mal gusto. El arte más fino y depurado es su distintivo. De una orquesta ponderada que sabe tocar pianísimo se pueden esperar los más bellos efectos de sonoridad, el claroscuro, el matiz más refinado; pues una orquesta no es una masa caótica de sonidos en la que no sobresalen más que los timbres de los diferentes instrumentos.

Bajo la autorizada batuta de Pérez Casas, las obras adquieren una vida intensa, los tiempos son siempre justos y como no es solo un práctico de la dirección, es, además, un compositor de talento y de corazón, penetra en el espíritu de las obras que interpreta, es respetuoso con el texto musical y sabe transmitir el pensamiento del compositor con precisión, fuego, delicadeza y fidelidad. Es sobrio con Beethoven, romántico con Wéber, solemne con Wagner, moderno y pintoresco con Debussy y los rusos, en los que ha visto cosas que otros directores no habían visto, traduciendo las ideas de estos compositores en conjuntos admirables; cuidando del detalle, en todo momento, el diseño melódico, el giro rítmico que funde en grandiosas sonoridades de encantadora belleza, destacando los temas principales con diáfana claridad y un



La señorita Rosa López Comunión, diploma de primera clase en la enseñanza de piano

sentido perfecto del matiz, conduciendo, en fin, de un modo magistral, la orquesta. Pablo Casals ha interpretado en el segundo concierto, entre otras obras al piano, el Concierto para violoncello y orquesta del compositor checo Dvorák, obra brillante, escrita a base de temas y ritmos populares de su país, que Casals dijo de un modo admirable.

Pablo Casals es el artista de mayor prestigio universal de nuestros días; artista de emoción, no solo por el delicioso sonido que obtiene del violoncello, sino por la pureza clásica de su arte, por su arco sin igual, por la facilidad [que da el dominio de la técnica, que completa un temperamento privilegiado, un juego expresivo y una habilidad extraordinaria, exquisito buen gusto. Es un virtuoso con un gran corazón y una sensibilidad de élite. Técnica y expresión: en estas dos palabras se sintetiza su arte; un arte que, por la dicción y el fraseo, no tiene rival.



El ilustre maestro Bretón, acompañado de varios profesores del Conservatorio, durante el reparto de premios que tuvo lugar el día de Santa Cecilia



Grupo de alumnas premiadas

A Casals se le llama en todas partes el maestro, concediéndosele por cantantes e instrumentistas de todas las nacionalidades, una supremacía artística unánime. Y es que la visión expresiva y la cuadratura rítmica del violoncellista español, es algo único. Casals, como todos los verdaderos artistas, no transige con la falta de seriedad en las interpretaciones, no haciendo concesiones de mal gusto. Su *virtuosismo* no es fin, es medio. Cuando toca el violoncello se transfigura. Entorna los ojos, se abstrae, y, entonces, produce, estilizado ese particular sonido del violoncello (el instrumento que más semejanza tiene con la voz humana) de gran variedad y riqueza de timbres, conmovedor, tierno, noble, patético, unas veces, penetrante, majestuoso, melancólico, otras; emocionando con los acentos expresivos que saca del instrumento cantante por excelencia y del que tan bellos efectos han obtenido Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Schumann, Schubert y Mendelssohn en sus insuperables sonatas, tríos, cuartetos, quintetos y conciertos, lo más alto y puro, las obras cumbres, los modelos perfectos del arte musical, en los que tanto hay que admirar y de los que Casals es un insuperable intérprete.

La orquesta Filarmónica, en la obra de Dvorák, no se limitó sólo a acompañar al solista, hizo más; puso de relieve las bellezas de esta hermosa e inspirada partitura, un lirismo popular muy acusado, y conjuntos homogéneos de gran perfección y ajuste.

En el acto de la distribución de premios del Conservatorio,

entre otros alumnos a cual más discretos, tomó parte uno de extraordinario talento, para el que las más grandes dificultades técnicas del violín son cosa de juego: me refiero al joven José Carlos Sedano, casi un niño, discípulo del eminente artista Fernández Bordas, de quien ha aprendido aquellas cualidades de estilo e interpretación que caracterizan su escuela, difundida por una pléyade de violinistas distinguidísimos.

Sedano tocó magistralmente *I Palpiti* de Paganini y otras obras de Tartini y Chopin siendo aclamado por el auditorio.

Terminó el acto oficial de la distribución de premios con la lectura del discurso reglamentario del ilustre maestro Bretón.

Es ya tradicional el escaso interés artístico que la temporada de ópera del Real tiene para el arte en general y, particularmente, para el arte nacional.

La conducta de las empresas que vienen explotando este negocio, más industrial que artístico (por las circunstancias especiales de la organización de *nuestro primer teatro lírico*), va a rectificarse; al menos así parece puesto que se ha inaugurado la temporada con una obra de autores españoles, y estos buenos propósitos merecen los más efusivos plácemes. «El Avapiés» de Borrás, Conrado del Campo y Barrios, que tan halagüeña acogida tuvo la temporada pasada, se oyó el día de la inauguración con el mismo interés que la noche de su estreno.



Alumnos del Conservatorio de Madrid, premiados por su labor durante el curso pasado. Entre ellos Gloria Keller, primer premio de arpa, y señores Sedano —discípulo de Bordas—, premio extraordinario «Sarasate», de violín, y Forns, primer premio de composición



Puerto de los Cotos, en el Paular

A L P I N I S M O



Un aspecto del Monasterio del Paular

ELEMENTOS DE CULTURA FISICO-ARTISTICA

Seguramente habéis admirado en más de una ocasión, aprovechando una de esas claras y diáfanas tardes de invierno tan frecuentes en nuestro país, la vecina Sierra toda cubierta de nieve. Inmediatamente su blancura os habrá sugerido el frío que debe de hacer allí arriba, y acordándoos de los dichos populares que atribuyen al airecillo del Guadarrama todas las pulmonías de Madrid, habréis pensado en seguida: ¡qué valientes y arriesgados deben de ser todos esos chicos que los domingos suben a esas alturas, a pasar el día entre el hielo y la nieve! Pero yo os hubiera aclarado vuestro pensamiento diciéndoos: no son chicos sólo, son muchísimas chicas las que afortunadamente participan de nuestra afición y entusiasmo por la nieve.

Desde que se fundaron las primeras Asociaciones alpinas, la Sierra tuvo siempre su patrimonio femenino.

Haciendo honor a esa decisión o valentía de que la mujer española en tantas ocasiones ha dado pruebas y de las cuales tan llena tenemos nuestra historia, vimos cómo desde los primeros momentos ellas rivalizaron con nosotros en el ejercicio de un Sport nuevo, y pronto las cumbres de Peñalara, Guarramas y Maliciosa, las más altas de nuestra Sierra, fueron llamadas por ellas cientos de veces. En estas ascensiones, en estos largos paseos a través de la montaña, he podido comprobar la firmeza, la decisión de su carácter: Ellas mismas, me han obligado a reconocer sus bríos y valentía en un ejercicio como el de excursión de montaña en skis, que requiere unas condiciones de resistencia moral enormes. Algunas las he visto más tarde con esa misma firmeza, con valor y con verdadera abnegación en ocasiones y trances difíciles de su vida, y no he

dudado un momento en comprender lo que había representado, en su existencia, una educación de la voluntad nacida y creada en un ambiente de diversión y alegría.

No dudo que todas vosotras conocéis la vecina Sierra. ¡Por lo menos habéis ido un domingo a Navacerrada y admirado los grandiosos panoramas y mares de nubes que en más de una ocasión se ven desde el chalet del Club Alpino Español! Después os habrá quedado de la excursión un recuerdo grato, más o menos alegre, tal vez indiferente, que estará siempre en consonancia con vuestro carácter y vuestras aficiones. Estas son las que siempre nos deciden a realizar los sueños

que de ellas hemos forjado y, como es natural, tienen o no un motivo eminentemente racional. Por eso, en el ejercicio, en la elección de un deporte, es sumamente difícil el poder separar aquellos factores que integran nuestras aficiones, de aquellos otros que forman parte de un programa educativo. En la mayoría de los casos encontraremos que aquello que representa por una parte satisfacción, el sumum de nuestras ilusiones, es por otra nocivo para la salud. La educación física, lo mismo en la mujer que en el hombre, es ley universalmente reconocida, y si bien es cierto que el campo de algunos sports está vedado para el elemento femenino, sin embargo, en la mayoría de ellos le vemos hoy día actuar.

La mujer española, con un acierto que nunca sabré ponderar bastante, ha sabido en esta difícil materia determinar hasta qué punto podía y debía llegar su actuación, y gracias a Dios en nuestro país se ha mantenido dentro de un justo medio. Bien sensible es, a pesar de todo, que la práctica de los deportes no haya respondido



Camino de las cumbres



Vista general de Siete Picos

en la medida que fuera de desear, a un criterio racional y educativo. Todos hemos visto dirigirse la afición deportiva en general por varios caminos, orientados por la mayor o menor variedad, novedad o moda de los mismos, y así ha pasado rápidamente por nuestra vista, y en muy pocos años, la creación y desaparición de Sociedades fundadas en principio con el mayor éxito y entusiasmo.

Pero dejando a un lado estas consideraciones que más bien entran en el estudio de los deportes en general, pasemos a ver los elementos que han integrado el alpinismo en nuestro país. Así coordinando nuestras ideas en la materia, llegaremos a una solución que refleje, si no una orientación definitiva, por lo menos el camino a seguir en lo sucesivo.

Hay en nosotros, en el tipo español, algo que no podemos desechar ni apartar de él, porque es innato en nuestra raza, porque aparte de llevarlo dentro de nuestra sangre, donde quiera que nos dirijamos en el suelo hispano tropezaremos a cada paso con ello: la profusión de motivos artísticos, el sentimiento del Arte. España es país hoy día desconocido para la mayoría de los españoles. La Suiza española —Guadarrama, Gredos, Picos de Europa, etc.—, todo ello grandioso, sólo es admirado y conocido por los naturales de esas Sierras y algunos turistas en su gran parte pertenecientes a diversas entidades alpinas. La montaña castellana, baluarte en otra época de valientes guerreros y refugio de aquellos que en la soledad conservaron la ciencia durante el período medioeval, hizo brotar en sus proximidades, como consecuencia de estos hechos, el cúmulo de poblaciones y monumentos artísticos, prototipo todos ellos de ese arte severo y noble que con orgullo llamamos español. No os choque lleguemos por este camino a establecer una íntima relación entre dos cosas que nunca creyerais posible llegar a coordinar: el Arte y el Sport.

Yo creo que el secreto, el integrante principal de la afición alpina en España, tiene su base no solamente en el carácter español marcadamente aventurero (en el buen sentido de la palabra) y decidido para todo, sino también en el elemento estético. Diganlo si no los pocos años que hace aparecieron los skis en nuestras Sierras, en comparación con el desarrollo y progresión enorme de este deporte: las primeras ascensiones de importancia que se consideraban temerarias, y el número de ellas, cada vez

mayor, realizadas por socios de diversas entidades. Este desarrollo, esta progresión han sido más lentos aún, en los países que por sus condiciones geográficas y meteorológicas están hoy a la cabeza de este deporte.

Los meridionales somos raza imaginativa por excelencia; en la Poesía, en la Pintura y en las Bellas Artes en general, siempre hemos descollado: nada tiene por consiguiente de particular la creciente afición a un deporte, en el cual la variedad, la contemplación de paisajes a los que no estamos acostumbrados, las emociones, la lucha (pues en este deporte se lucha con la naturaleza) y un sin fin de elementos estéticos, forman un conjunto tan semejante, tan en consonancia con nuestra constitución psicológica.

En ningún deporte como en este, encontraréis unos medios de cultura física tan al alcance de vuestra mano. Nunca podréis encontrar dentro de la población ese ambiente de pureza que se respira allí, en la altura; por eso cuando no hay vida, cuando se busca salud, regeneración en un cuerpo enfermo, vamos a la montaña; parece que queremos aproximarnos a Aquel que lleva en sí el germen de la Verdadera Vida, buscando en la Soledad la paz y el sosiego para nuestro cuerpo y nuestra alma. Nunca como

aquí, podemos aplicar una vez más el conocido adagio romano «Mens sana in corpore sano».

La grandeza de nuestra España de otros siglos no tuvo su origen en meros accidentes históricos más o menos variables. La raza determinó su superioridad sobre el mundo, no sólo por su valor, sino también por

los preclaros nombres de ilustres españoles que honraron con su saber las letras y ciencias de nuestra Patria. Las razas no se hacen ellas solas: necesitan una depuración no sólo física sino también moral. La física llegaremos a conseguirla educando nuestras costumbres, adquiriendo mediante el ejercicio racional del deporte, salud, fuerza, vigor. La moral ha de ser un producto de nuestras tradiciones y de nuestras ideas. Estas han de inspirarse en aquello bello y hermoso que la Naturaleza ha puesto a nuestro alcance y que nosotros hemos considerado como más digno,

como más conforme con nuestros ideales. En esta empresa, que a primera vista podéis comprender no es de días, sino años, debe ocupar la mujer española el lugar que legítimamente le corresponde.

E. G. DE AMEZÚA



Laguna de Peñalara



Club Alpino Español de Siete Pico.

LAS PIEDRAS DE MAJERIT



«... el vaso que primero cobijó en su cuenco el tesoro».

El culto al agua, sangre de la tierra, tuvo en el primer hombre de Castilla fervores llenos de unción, ritos cuidadosos y solemnes. Era su tesoro y su vida. Abrasada la llanura, todavía temblorosa en su formación, el chorro de agua surtiendo de ella tenía pronto un santuario y un devoto. Hundía el hombre la velluda mano en la arcilla caliente y tuvo aquella zarpa caricias inefables para formar el vaso que primero cobijó en su cuenco el tesoro. Embelleció luego robando a la roca cristalina de la sierra el tesoro de su brillo. Fué avaro de su riqueza y la celó con el mimo de su ternura primitiva, temeroso de que se la quitaran, acuciado por el afán de venerarla... Desde entonces en Castilla la Gentil hubo siempre un entalle, un sillar cuando menos, allí donde brota la bendición del agua, jugo de los panes y consuelo de los surcos. Un pozo, una noria, una fuente, tuvieron en el silencio de las plazas pueblerinas, en la soledad de la mies o en el rumor de las frondas, la ofrenda de arte con que el hombre de la meseta le afirma su devoción constantemente.

Madrid, la villa castellana por excelencia, no puede menos de representar esta tradición en todos los tiempos. ¿En qué escondido pliegue de su seno hallaremos las albercas, los baños de mármol, las piscinas lucientes donde se deshojaban las rosas de Alejandría y donde se derramaban los perfumes de la Feliz Arabia? ¿Dónde las termas ocultas en el castillo de Majerit, tras el semblante austero y terrible de sus torres picudas y de sus muros bermejos? Tal vez la inquietud constante en que viviera la extraña guarnición no consintiese el lujo de un serrallo. Acaso sólo hubo unos humildes manantíos donde humedecieran sus gargantas roncadas los guerreros del Profeta, o unos rudos abrevaderos en que mojaran el bello sangriento los corceles indómicos del misterioso Yemen... Nada dejó como recuerdo en pos de sí aquella peregrina civilización.

Fuentes famosas tuvo la Corte en el siglo XVI, fuentes que manaban néctar y ambrosía. Solo queda de ellas la memoria remota. En el Prado de San Jerónimo, donde se alzaba una de las más famosas, hay ahora elevadores modernos, maraña de tuberías, máquinas e ingenios que llevan el agua a cientos de habitaciones de un hotel flamante y gigantesco. No debían de ser vulgares los juegos de aquellas fuentes del Prado, cuando arrancan admiraciones desmesuradas a un autor anónimo de la época. Una docena lo menos de monumentos adornados con tazas de granito, delfines, endriagos y sierpes, daban digno paso al agua mejor del mundo por unos «golpes» sobre los cuales rezaba a veces un rótulo con una palabra enigmática: *Viva, Bueno, Gloria...* Tal vez significaba la admiración ingenua, expresada de esta manera infantil.

Vino un siglo de abandono y desolación; se cuartearon los pilares, se derrumbaron lentamente las piedras más venera-



La fuente de Apolo, el monumento más bello de Madrid.

LAS FUENTES

«Adiós Madrid; adiós tu Prado y fuentes que manan néctar, llueven ambrosía.»

CERVANTES

bles, y el agua corría mansa, desbordando la gracia de su linfa por el Prado adelante, sin un cauce, sin una guía. Imperaban en la Corte el mal gusto y el adocenamiento artístico más lamentables, cuando aparece, para fortuna de Madrid, el genio de Don Ventura Rodríguez. Venía de Italia, encendido el juvenil espíritu en las lumbres sagradas del Lacio inmortal. Las más bellas fuentes, siete en el Prado y las demás en los parques de la villa, fueron ideadas por él y por él compuestas al itálico modo. No siempre hubo escultores en España que sirvieran a Ventura Rodríguez para dar forma sensible a su maravillosa inspiración. Así es siempre más bella la arquitectura de sus fuentes que la parte escultórica. Ved, sino, la fuente de Neptuno y comparadla con las de Isabel, del Príncipe y de la Alcachofa. En la primera, la autonomía concedida por el arquitecto a los escultores estropea el conjunto, sin que le salve la belleza de la estatua de Poseidón, bien modelada y bien concebida.

En una fuente, sin embargo, se juntan los talentos del Maestro Mayor de Obras de la Villa y la inspiración de los escultores: en la de Apolo o de las Cuatro Estaciones, salvada milagrosamente de la codicia y de la rapiña de un rey intruso. Es esta fuente el monumento más hermoso de Madrid, aunque le falte perspectiva para poder ser admirado. Don Manuel Alvarez esculpe las cuatro estaciones en un estilo algo tocado todavía del barroquismo del *cavaliere* Bernini, pero con cierto aire neoclásico que afina y reposa el conjunto. La más bella de las cuatro figuras es la Primavera; muy serena, muy tranquila, se mira en el espejo del estanque deliciosamente, con un equilibrio y una paz inefables. El Apolo que remata la fuente es superior aún: lo terminó Don Alfonso de Vergaz y tiene ya el carácter de una obra francamente neoclásica. Parece como si estos dos escultores españoles se adelantaran a recoger, antes que nadie, las ideas de Winckelmann y Lessing, que revolvían por entonces el mundo artístico pidiendo a gritos que se estudiara el arte clásico, quemando las recetas de Vitrubio y aplastando la cola del Bernini. Cualquiera de estos dos artistas españoles hubiera contentado de sobra a los innovadores. El arte brujo de Ventura Rodríguez tuvo en la Corte cien espléndidas manifestaciones más.

Pero el agua de los neveros de Somosierra y Guadarrama tuvo en la Villa un culto popular, muy madrileño y un poco absurdo por lo tanto. El granito de Colmenar, la piedra berroqueña, retorcidos en mil volutas, cuajados de una fauna y de una flora fantástica, son los que dan digno paso al agua de los viajes del Bajo Abroñigal. Ved como un ejemplo la fuente de Antón Martín. Y cuando no es la locura fecunda de D. Pedro Ribera, es la sencillez pueblerina la que eleva la Fuentequilla con aquellas caricaturas del oso y del dragón, ingenuas o maliciosas.

Entre estos dos tipos encontramos uno medio, elegante y sobrio: el de la Fuente de la Puerta del Sol. El chorro claro, rígido, se enhiesta inmóvil, como si en derredor suyo todo fuera silencio y paz, como si ni el aleteo de un aliento fuera a turbar el ritmo de su voz. La Plaza parecía hecha para la Fuente hasta que el estrépito de gentes y máquinas, el bullicio de la civilización, apagó para siempre el cantar. Allá en los altos de Cuatro Caminos espera todavía que la empujen a un rincón donde poder elevar sola la oración que las entrañas de la tierra dicen a Dios en cada aurora.

Fuentes de la Alcachofa y de Neptuno, «compuestas al itálico modo».





Vista general del asilo de «Porta Coeli»

«PORTA CÆLI», ASILO DE GOLFOS

Es frecuente entre nosotros, criticar lo que en casa tenemos para alabar lo que existe en la del vecino: en España todo es muy malo, en el extranjero todo es muy bueno, y ante este lamentable error, es preciso deshacer ese prejuicio que tanto nos perjudica ante el mundo que nos censura: a combatirlo debe encaminarse la labor española, y como razonadamente dice el malogrado autor de *La Leyenda Negra*, D. Julián Juderías, «hay que reivindicar el buen nombre de España demostrando que ha sido víctima del apasionamiento de sus adversarios, que crearon en torno a su significación en la historia universal una leyenda tan absurda como injusta». Tendremos, quién lo duda, grandes defectos, pero de ellos no están libres los que nos motejan, y al lado de esos defectos resplandecen en nuestra Patria grandes virtudes que la han llevado a realizar obras y empresas que admiraron propios y extraños.

VOLUNTAD tiene en su programa hacer campaña inflexible contra muchas y pertinaces formas de explotación y esclavitud al uso, y como publicación «netamente católica y española», los que así sentimos y pensamos, hemos de procurar hacer resaltar lo bueno que aquí tenemos, propio y genuino, sin necesidad de acudir a la importación, sin duda más grandioso y lujoso, porque más medios tiene, para reunir esas dos condiciones en sus empresas: las nuestras quizá sean, como lo son más modestas y pobres, pero en ellas domina el espíritu cristiano y caritativo de nuestra tradición.

Antes que en otros países se planteó y resolvió en el nuestro lo que afecta a la *juventud abandonada*; prolegomenos de su estudio fueron las obras de Vives, Pérez de Herrera, Cerdán de Tallada y Suárez: en ellas se trató de la mendicidad, vagancia, delincuencia, exponiéndose los principios y medios de educación que debieran emplearse para remediar los males que a la nación causan esa plaga social. El Hermano Toribio Velasco en «Los Toribios Sevillanos» creó en 1723 la casa de corrección con este nombre conocido, casa que tuvo vida próspera, hasta que dentro del terreno oficial se dió en ella intervención a este elemento, y entonces, según D. Vicente Lafuente «a falta de hombre, se acudió al remedio heroico de España, *las Comisiones*; para que hicieran entre quince o veinte tardes, pesamente y a duras penas y no del todo bien lo que antes habían hecho dos pobres hombres, uno en pos del otro». El hermano Toribio primero, y a su muerte en 1730, el hermano Antonio Manuel Rodríguez, implantaron en España el primer Reformatorio o Asilo para jóvenes vagabundos.

La semilla sembrada por estos dos Hermanos, no se ha perdido: nuevamente a vuelto a fecundar: el P. Manjón, en sus «Colonias del Ave María», el P. Pedragosa en «La Casa de Familia» de Barcelona, y el P. Méndez, en su «Asilo de Porta Cæli» para niños abandonados, son prueba de la precedente afirmación: las instituciones fundadas por esos apóstoles de la juventud, tienden a remediar en parte el abandono de esos jóvenes de condición depravada, propensos a delinquir, que abandonados de sus padres o encargados, pululan por nuestras urbes, cuando las autoridades lo consienten u olvidan esta misión de saneamiento social, tan necesaria para la educación cívica y ciudadana.

El Asilo de «Porta Cæli», es una institución genuinamente madrileña, no tan conocida como debiera serlo: su fin es recoger a ese sin número de *golillos* que frecuentemente nos asedian con sus peticiones «de una perrita para pan»; educarlos cristianamente y enseñarles un oficio, es el fin que se propone el fundador del Asilo, sostenido principalmente por la caridad cristiana y algunas subvenciones que el Ministerio de Gracia y Justicia le concede.

Mucho pudiera decirse de esta obra benéfica y que tanto bien proporciona al niño madrileño, pero no siendo posible, dentro de los límites que esta relación ha de tener, dar toda la amplitud que su importancia reclama, haremos una ligera referencia de lo que el Asilo es, debido al trabajo, interés y constante voluntad que su fundador, D. Francisco de Asís Méndez, pone al servicio de tan simpática acción católica social.

La figura del P. Méndez es en extremo interesante; su afable trato, su bondadosa expresión, su sencillez encantadora, hacen que al encontrarnos en su presencia inspire respeto y admiración, y se comprenda la atracción que tiene para recoger los pobres niños que alberga en su Asilo: hombre de grandes ideas sociales en pro de la infancia, se impu-



«Cacho-pan», uno de los primeros golillos recogidos en el Asilo de Porta-Cæli



«Chocolitero», que con «Cacho Pan» inauguró el asilo de golfos



En el taller de zapatería



Taller de fabricación de marcos para cuadros



El dormitorio del asilo



La hora de la comida en Porta Caeli

so desde el principio de su obra la obligación de mirar y trabajar por ella, sin que los obstáculos que se han presentado le hayan apartado de el camino emprendido, sin más medios que una confianza grande en Dios y un amor de caridad para con los pobres niños abandonados.

Nació esta institución en Marzo de 1915: todos los días al ir el Padre Méndez a la Santa Iglesia Catedral, de la que es Canónigo le inspiraba lástima y compasión los niños que, andrajosos, sucios y con signos de degeneración, veía por las calles, especialmente en el arco que existe a la entrada de la calle de la Pasa, en donde varios jóvenes amontonados, formando un racimo humano, apiñados y unidos por la desgracia, habían allí pasado la noche, para librarse del frío; un día, inspirado por el espíritu de caridad que domina en el P. Méndez, se decidió a interrogar a aquellos seres desgraciados que, como piltrafa social, estaban allí abandonados y sin que nadie les tendiera una mano protectora; su aspecto repugnante y constantes movimientos, que acusaban la existencia de molestos parásitos, no invitaban ciertamente a dialogar con aquellos infelices, pero el P. Méndez, teniendo presente las palabras del Divino Maestro «de todo lo que hagáis por estos niños, por mí lo haréis», se acercó a ellos y les pregunta cariñosamente si quieren entrar en un Asilo.

Del grupo se destacan dos, al parecer más decididos, el «Chocolatero» y el «Cacho-pan», y admirados de que «un Cura» así les hable, desde un principio muéstranse confiados en las palabras del interrogante, sin comprender aquellos infelices que precisamente «los Curas» son los llamados a protegerles y ampararlos en su abandono.

Afirmativamente contestaron aquellos galopines, y todos se dispusieron a acompañar al que había de ser su protector, sin pensar que el ofrecimiento hecho tenía por el momento un gran inconveniente, cual era, no tener Asilo donde recoger a aquellos desharrapados, que no contaban con más capital que los cuatro harapos rotos que mal cubrían sus sucias carnes; sin dinero, pero puesta toda su confianza en la Providencia, empezó el P. Méndez a buscar un albergue para sus golfos, y Jespués de varias gestiones alquiló un hotel en la calle de Ardemans, 16 (Guindalera), en donde provisionalmente instaló sus discípulos, que pronto llegaron a ocho; el buen trato y los beneficios que en el Asilo recibían los acogidos llegó a conocimiento de sus camaradas, los que frecuentemente salían al encuentro del Padre, diciéndole: «Señor Cura, llévenos a ese Asilo que tiene usted para que aprendamos un oficio y seamos hombres». La población asilada fué aumentando, siendo preciso se encargara alguna persona de su cuidado o asistencia, la que se encomendó a la Congregación de Hermanas de la Santísima Trinidad, que con el cariño peculiar de esta institución, pronto logró conquistar el corazón de aquellos pobres desgraciados, a los que hay que educar y regenerar para reintegrarlos a la sociedad convertidos en hombres honrados y laboriosos, mediante un tratamiento correccional inspirado en la religión y el trabajo.

No podía encerrarse «Porta Caeli» dentro del pequeño hotel alquilado, el número de golfos aumentaba, era preciso buscar un nuevo local; el fundador no desmaya, es preciso pedir para los niños desamparados. ¡Cuántos paseos, visitas, peticiones y ruegos han costado al Padre Méndez estos desdichados! El no podía abandonarlos, era preciso luchar y vencer; se necesitaba un local más amplio, y por fin se consigue un solar de 94.000 pies, en la calle de García de Paredes. La caridad se encargó de encontrarlo, la limosna acudió en auxilio del Padre Méndez y gracias a ella logró empezar las obras del nuevo edificio; a él trasladó los golfos en cuanto pudo habitar una parte de lo que forma el proyecto del nuevo Asilo-correccional.

En la limosna y los donativos tiene puesta su confianza el Padre fundador, y hasta ahora Dios no le ha faltado, pues gracias a la caridad cristiana y subvenciones indicadas, puede continuar la edificación del Asilo, «capaz para 300 golfos, y en el que puedan tenerse espaciosos talleres donde aprendan los oficios que más adelante les han de proporcionar los medios de subsistencia».

«Tres son los medios que empleo para hacer de golfos, chicos bien educados, nos decía el Padre en reciente visita: 1.º, *El dignificarles* a sus propios ojos haciéndoles comprender que son algo más que irracionales, que tienen un alma y que pueden vivir en sociedad y llegar a tener posición; 2.º, *el trabajo*, enseñándoles distintos oficios y procurando que aborrezcan la ociosidad y la vagancia, y 3.º, *la Religión*, hablándoles de Dios, manifestándoles los beneficios que de El han reci-



Los aprendices de zapatero, aplicados a la labor



Los futuros ebanistas, aprendiendo a ganarse la vida



El taller de carpintería



¡Golfo convertido en un pequeño escultor!



Taller de escultura



La religiosa que dirige el taller de escultura



La herrería del asilo

El fundador del asilo, D. Francisco de Asis Méndez, mostrando los pabellones del benéfico establecimiento a nuestro colaborador Sr. Cossío.

La imprenta de «Porta Coeli»

bido, la existencia de una vida futura, del premio o castigo conforme a sus obras, y leyéndoles vidas, historias de hombres célebres que en su niñez fueron pobres».

Los oficios que aprenden los asilados son de escultores, ebanistas, carpinteros, impresores cerrajeros, zapateros y tallistas, dirigidos por buenos maestros en sus respectivos oficios.

Se les enseña a leer escribir, sacar cuentas, dibujo lineal, y nociones de primera enseñanza, con el fin de que al aprendizaje manual se una la instrucción suficiente que el obrero ha de tener para la nueva vida que la sociedad le prepara.

No se olvida el desarrollo físico; los juegos de deportes, ejercicios gimnásticos, marchas militares, etc., constituyen la educación física, que al mismo tiempo que contribuye a la recreación, es medio de tenerlos distraídos durante el tiempo que las clases y los oficios no reclaman su atención.

¡Cuántas miserias, cuántos dolores, revelan el pasado de aquellos infelices niños! ¡Cuántas historias de estos muchachos se podían referir, que os llenaríais de tristezas! En algunos, no se han dormido los sentimientos del corazón, y al verter en él el bálsamo del consuelo, revive en ellos el sentimiento del cariño, que algunos sintieron antes de su abandono; ejemplo de ello tenemos en cierto golfillo que al comer el primer día con sus compañeros, lloró y se acordó de su madre, que «quizá no tuviera pan que comer como él»; otro, al ingresar y después de bañado al ponerle el traje que usan en el Asilo, lloró igualmente, cuando una de las hermanas le dijo, «ven hijo mío a ponerte este traje» e interrogado por la causa de su aflicción, dijo: «que era, por ser la primera vez que le llamaban hijo»; otro que tiene su padre en la cárcel y fué abandonado de su madre, se lamenta de que el autor de sus días esté en reclusión y no saber el paradero de la que le dió el ser; hay un simpático rapaz, cuya madre ostentó un título de Castilla, a la que los azares de la vida les ha llevado a la más desdichada miseria, aumentada con la ausencia del padre.

Todos estos cuadros de realidad conmovedora, hacen que en el momento de entrar en el Asilo, y conocer el historial de los albergados en él, inspiren lástima y compasión, que se traduce en cariñoso afecto a medida que les va estudiando y familiarizando en su trato, dentro de la rudeza que les caracteriza.

Desde que se fundó el Asilo, han ingresado en él 105 muchachos, unos recogidos en las calles, otros remitidos por las autoridades y otros que ellos mismos han pedido se les admitiera; en la actualidad existen 40. Han sido reintegrados a sus familias 30, y 10 han abandonado el establecimiento volviendo a su vida vagabunda; solo por una

vez se les admite nuevamente y si se vuelven a marchar ya no pueden reingresar.

Hay 26 colocados en diferentes talleres fuera del Asilo, a los que procura vigilar el Padre, interesándose por la conducta que observan, entrando en los proyectos del fundador, establecer una «Casa de familia», cuando el estado económico de Porta Coeli lo consienta, con el fin de que los obreritos que carecen de familia natural puedan tenerla artificial.

La Obra de Porta Coeli, merece ser conocida y estudiada; un hombre de buena y firme voluntad, sin más miras que el amor al próximo y a la mayor gloria de Dios, ayudado por caritativas Hermanas, recoge, alberga a esos pobres infelices que sin padres y abandonados en el arroyo serían en el día de mañana habitantes del presidio; unos fueron echados de sus casas por que su sostenimiento era costoso, otros los abandonaron sus padres en cuanto apenas podían andar, muchos dejaron el hogar paterno por diversas causas, algunos por descuido de sus padres que no se ocuparon de ellos, y un buen número por instintos perversos huyeron de sus casas. A todo este pequeño ejército de desgraciados socorre el P. Méndez, con su amor a los niños y ayuda de la caridad cristiana.

La madre española, modelo de madres, que con solícito y tierno cariño cuida y atiende a su hijo, que vela su sueño cuando lo tiene enfermo, y vigila sus pasos en el camino de espinas que tenemos que seguir en este valle de lágrimas, no puede olvidar a esos pobres desheredados de la fortuna, que quizá nunca sintieron el beso cariñoso de sus madres, que no apreciaron lo que es una caricia maternal inspirada en el tierno amor que una madre siente por su hijo, cariño sin comparación con otro alguno, del que tantas penas y alegrías se desprenden, cariño que por ley natural nace con nosotros y no se separa hasta que el último beso sella la caja mortuoria del hijo. Por ese amor, por ese cariño que a vuestros hijos prodigáis amables lectoras de VOLUNTAD, acordaos de los pobrecitos de Porta Coeli, no olvidéis que allí hay infelices niños que no sintieron el más puro y casto de los amores, que es el que nuestra madre nos tuvo; tener presente que un virtuoso sacerdote ayudado por unas abnegadas religiosas, pretenden sustituir aquel cariño, con otro de verdadero celo y caritativo interés por el bien ajeno, sin más aspiración que la esperanza de un premio eterno; visitad a los «golfos del P. Méndez», que con ello recibiréis grandes enseñanzas, y no poco consuelo.

MANUEL DE COSSIO y GOMEZ-ACEBO





Venta de muebles al aire libre en el zoco del Pan

VIAJES POR EL MARRUECOS ESPAÑOL

TETUAN

Llegamos al muelle de Algeciras donde ya nos espera la lancha automóvil para conducirnos a bordo del «Teodoro Llorente», gallardo aunque pequeño buque, cuya elegante traza recuerda su primitivo origen de yate.

Son las ocho de la mañana y levando anclas en medio de la alegre y hermosa bahía, zarpa con rumbo a la costa africana que entre brumas se dibuja en el horizonte. Pasamos muy cerca del famoso Peñón de Gibraltar que dejamos a la izquierda; más adelante y a la derecha queda Punta Carnero cerca de Tarifa: entonces la proa del barco toma la dirección del macizo de Sierra Bullones, hacia la punta que formando coloso morro avanza como queriendo cerrar el paso entre uno y otro mar, y a las dos horas se acerca tanto, que parece vienen hacia nosotros sus inmensas moles, como para hundirnos debajo de los peñascos negruzcos que forman los elevadísimos acantilados. Por fin, torciendo hacia babor, después que vence las corrientes que vienen del Atlántico, entra en el puerto de Ceuta y atraca al muelle situado al pie del Hacho, cuyo monte está coronado por famoso baluarte que España situó hace muchos siglos, vigia avanzado en el Mediterráneo que custodia la llave del Estrecho y señala a Europa la soberanía de nuestros indiscutibles derechos sobre Marruecos.

Con la misma emoción de siempre pisamos el suelo africano que parece adelantarse ya familiarmente al hollarlo pies españoles, y otra vez, y como consagración de todos nuestros sueños reaparece, ante los ojos adornados por dentro para mirar el pasado, y abiertos con codicia a todas las fulguraciones del porvenir, la epopeya española que

dejó rubíes de sangre en las dunas y montículos que bordean el camino de Ceuta a Tetuán donde cada kilómetro, y muchas veces cada palmo de tierra, conserva todavía para nosotros la sombra de algún acto heroico.

Satisfechos estamos al aspirar otra vez el tibio ambiente de Africa viendo las lejanas crestas de Sierra Bullones, encaperuzada con sus ásperas cumbres como gigantes moros en acecho. Por aquellas cortaduras y quebradas que hinden el macizo, parece que aún se descubre la altiva figura de Prim en el gesto de su constante alocución, y aquella sombra y las mil que aparecen detrás, y los abruptos montes, y la amarilla y dócil playa que nos sigue mimosamente sirviendo de marco al luminoso mar perpetuamente azul, parece que nos dice: «¡todo está preparado para vuestra definitiva conquista!» «¡Nada importa que ese mar cubra ahora el antiguo y enjuto paso que antes unía con el español el suelo africano; la necesidad de los tiempos presentes, la evolución que prepara el mundo para su renovación absoluta, tienen ya abierto el suelo marroquí a vuestras ansias civilizadoras. La vida de España tiene su expansión en estas tierras mogrebina, expansión civilizadora y sin sangre, y a ella habéis de ir por absoluto decreto del destino!»

Tetuán: *Tettáuen* en lengua musulmana; población de origen bereber situada en la orilla izquierda del *Uad El-Jelú*, o Río Martín, como le llamamos los españoles, deja ver desde lejos sus casitas blancas como palomas, según decía Grilo de las ermitas cordobesas; palomas cuyas alas de intensa blancura se posan como preparándose para



La calle de Añún, una de las más típicas de Tetuán



Un grupo de vendedores en el zoco del Pan

buscar el ave del lejano desierto en las faldas de Beni Hosmar, monte elevado y abrupto que forma parte de las estribaciones del macizo rifeño extendido hacia el norte; fué aumentada y reconstruída por los últimos moros granadinos que salieron de España. Su necrópolis misteriosa, antigua con la doble pátina del plácido silencio y el eterno olvido, enseña a través de las generaciones, los restos de aquellos que errantes llegaron a ella por impulso de nuestra reconquista y no supieron o no pudieron defender a Granada, la hermosa perla del *Andalus*, incrustada en las laderas de Sierra Nevada, cuyas cimas parecen desafiar constantemente a las del Atlas vecino en la orilla opuesta del continente africano.

Quién sabe si el doble cierre de aquel inmenso valle que cubrió el mar quizás con la codicia de sus arenas de oro; que si hay algo indudable es que esa tierra africana, en la cual ejercemos hoy una misión de protectorado, fué y es para los que buceen en las capas del mar y en el fondo de nuestro derecho, territorio netamente español, a no ser que el territorio español sea netamente africano.

Al llegar a Tetuán por primera vez, recorriendo su pintoresco conjunto, aquellos sitios y tortuosas calles recuerdan los vestigios moriscos, que se conservan en Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo y otras poblaciones españolas por donde el espíritu, soñando muchas veces se trasporta para vivir en lejanas épocas que pasaron para no volver más.

El *Mel-lájh* o barrio judío con sus lóbregas y cubiertas calles, parecidas a corredores que conducen a los calabozos de una inmensa cárcel, el cual está separado de la población musulmana; la calle del *Aiún* con algunas mezquitas y santuarios, una de las principales arterias que atraviesan la población de norte a sur, desde el barrio de los curtidores hasta cerca de la Puerta de Fez, y sus techadas callejas transversales, como

callejones de extramuros, estrechos y sombríos, formando pendiente con infinidad de peñascos arrastrados por las lluvias, van a desembocar a la falda del *Yebel Dersa*, por un lado: la entrada de las del lado opuesto semejan portales que dan paso a algún edificio vetusto, siendo también estrechos callejones que se bifurcan por el interior de la ciudad; la calle de *Francá*, túnel a trozos formando típicos arcos de

herradura y cuyo pavimento empedrado de guijarros hace imposible el paso por ella hasta acostumbrarse; la de los *Xuanis* con su mezquita llamada de Las Lámparas sobre la que se levanta esbelto alminar, cuya base en forma de polígono está revestida de azulejos; la famosa plaza de España en cuyo lado sur se halla la mezquita de los *Ixáuas*, y al frente, en moderno edificio, la residencia del Alto Comisario de España en Marruecos; todo, en fin, da a la ciudad de Tetuán un aspecto extraño y pintoresco.

También se ven en ella algunos vestigios del arte árabe-español; trabajos en madera, cueros, cerámica, de la cual hemos visto en la portada de una de las mezquitas algunos ejemplares de los famosos mosaicos de azulejos con reflejo metálico, que se codician con interés: abunda mucho el mosaico de azulejo policromo, del que no hay casi muestra de regular posición que no esté acicalada con tan precioso detalle ornamental.

Uno de los gráficos que acompañan a este trabajo es la reproducción de una inscripción árabe en caracteres cúficos trazada por ese procedimiento maravilloso de enlace y simétrico paralelismo, cuyos dibujos son tan característicos de la ornamentación árabe; dicha inscripción en relieve de madera, pintada de verde, adorna la ventana, por su parte exterior, de un santuario árabe, situado en la citada calle del *Aiún* frente al arco por donde desemboca la calle que conduce al típico y singular barrio de los babucheros, de cuyo santuario también acompaña fotografía. Reducida esta inscripción a caracte-



Otro aspecto de la calle del Aiún



El Majzen y los notables de Tetuán, a la puerta del palacio del Jalifa, esperando su salida para rendirle homenaje



Entrada de la mezquita de la puerta de la vista



La calle de los Baños, con su angosto paso, limitado a derecha e izquierda por las altas paredes sin ventanas, evoca el misterio de la vida musulmana

terres latinas dice: *la Iláh ilá El-láh, Mojhâmed rasúl El-láh*, y traducido literalmente significa: *no (hay) Dios (o divinidad) sino el Señor, Mahoma (es el) enviado de Dios*, o sea la protestación de fe musulmana.

Esta inscripción ornamental que acabamos de describir es del mismo estilo y procedimiento que otras inscripciones que existen en España, como una que hay encima de la puerta principal del Alcázar de Sevilla en azulejos blancos y azules; y otra en la casa árabe llamada del «Carbón» en Granada. La puerta árabe de madera llamada de «Daro-ca», por proceder de dicha población, y que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, también tenía una inscripción de esta clase, y así otras varias que quedan de aquella época llamada Edad Media en la Historia.

Entre las cosas que sorprenden paseando por las calles de Tetuán es su gran animación con el constante paso de una multitud heterogénea; árabes con elegantes vestiduras, bereberes con la chilaba corta llegándoles poco más abajo de la rodilla y de color pardo, moras con la cara tapada y envueltas en amplio alquicel blanco, esclavos y esclavas negras vestidos con telas de vivos colores, europeos y soldados de nuestro Ejército, y judíos con su oscuro y ridículo traje, forman un conjunto de notas de color tan variado como interesante.

Una tarde en que el sol aterciopelaba con su luz, próxima al ocaso, las umbrías que cubren con sus vellosidades las laderas del *Dersa* dándole tonos cárdenos manchados de rojo y azul, paseábamos varios amigos, entre ellos algunos oficiales de nuestro Ejército.

Era viernes y de un grupo de moras con la cara tapada que regresaban de *er-rúda* (el cementerio), no muy distante de nosotros, una de ellas quedó rezagada ordenando a su esclava negra arreglarle o limpiarse *el-mexáxi* o babuchas rojas bordadas en oro que calzaba, pretexto para dar lugar a que sus compañeras rebasaran en el sitio donde nos encontramos: cuando así ocurrió fué a unirse al grupo de donde procedía, y al pasar, tocando en el hombro a uno de los oficiales, con la rapidez del rayo para que las otras moras no la viesen, después de nombrarle le dijo, *uar chec ettógh*, en lengua bereber rifeña, que traducido quiere decir *no te olvido*.

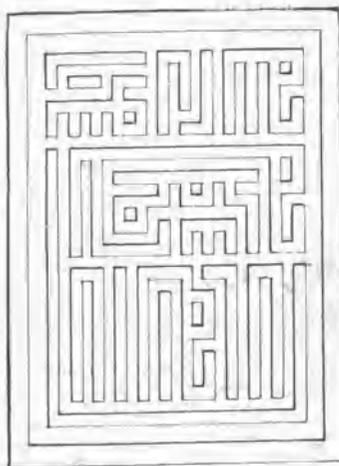
Inútil describir la estupefacción de nuestro acompañante a quien todos felicitamos con frases humorísticas, pues podía calificarse de aventura en aquellos territorios donde no son corrientes. Después,



El Jalifa y su séquito, a su paso por las calles de Tetuán

del franciscano, Prefecto Apostólico de Marruecos, el P. José Antonio Sabater, oficiando aquella misa de paz, que tras de tanto estrago y de tanto ruido, tuvo por palio el cielo azul y puro de uno de los más bellos días de África.

ANGEL MUÑOZ BOSQUE



لا إله إلا الله محمد رسول الله

Inscripción en caracteres cúficos, que adorna la ventana de un santuario árabe situado en la calle Aíán. Al pie de la inscripción, su traducción en caracteres mogrebinos

relacionándolo acaso con aquel suceso nos refirió una breve historia de amor que aconteció en el Rif hallándose en la campaña de 1911, de la cual era protagonista una rifeña de Mazuza, de esbelto continente y de tez bronceada como delataron los brazos aquellos que, al sacarlos del alquicel, se posaron unos segundos en el hombro de nuestro citado compañero de paseo en aquella tarde.

Tetuán es, además, un viejo solar nuestro desde que fué lugar de descanso de nuestras victorias, desde que la mano de la conquista dejó en su vieja puerta una eterna huella de sangre, en sus rincones, en sus calles estrechas, en sus amplios zocos, queda algo ya de noble tradición española y frente a aquel edificio de la Alta Comandancia de la Plaza de España parece que aún distingan nuestros ojos españoles la austera figura de O'Donnell, la inquieta y nerviosa de Prim, la meditativa de Ros de Olano y la humilde

Inauguramos con el presente artículo una sección de alto interés histórico y nacional. El africanismo español, por la pluma de uno de sus más distinguidos representantes, irá trazando en las páginas de VOLUNTAD las impresiones, harto pintorescas y sugestivas de una serie de viajes por la tierra sagrada que mandó unir a su corona la Reina de las Reinas de Castilla...



LA VIDA EN EL EXTRANJERO

S. M. la Reina doña Victoria Eugenia acompañada de su madre, la Princesa Beatriz, y de Lady Philipps, asistiendo a una venta de caridad, en Londres

(Fot. Central News)

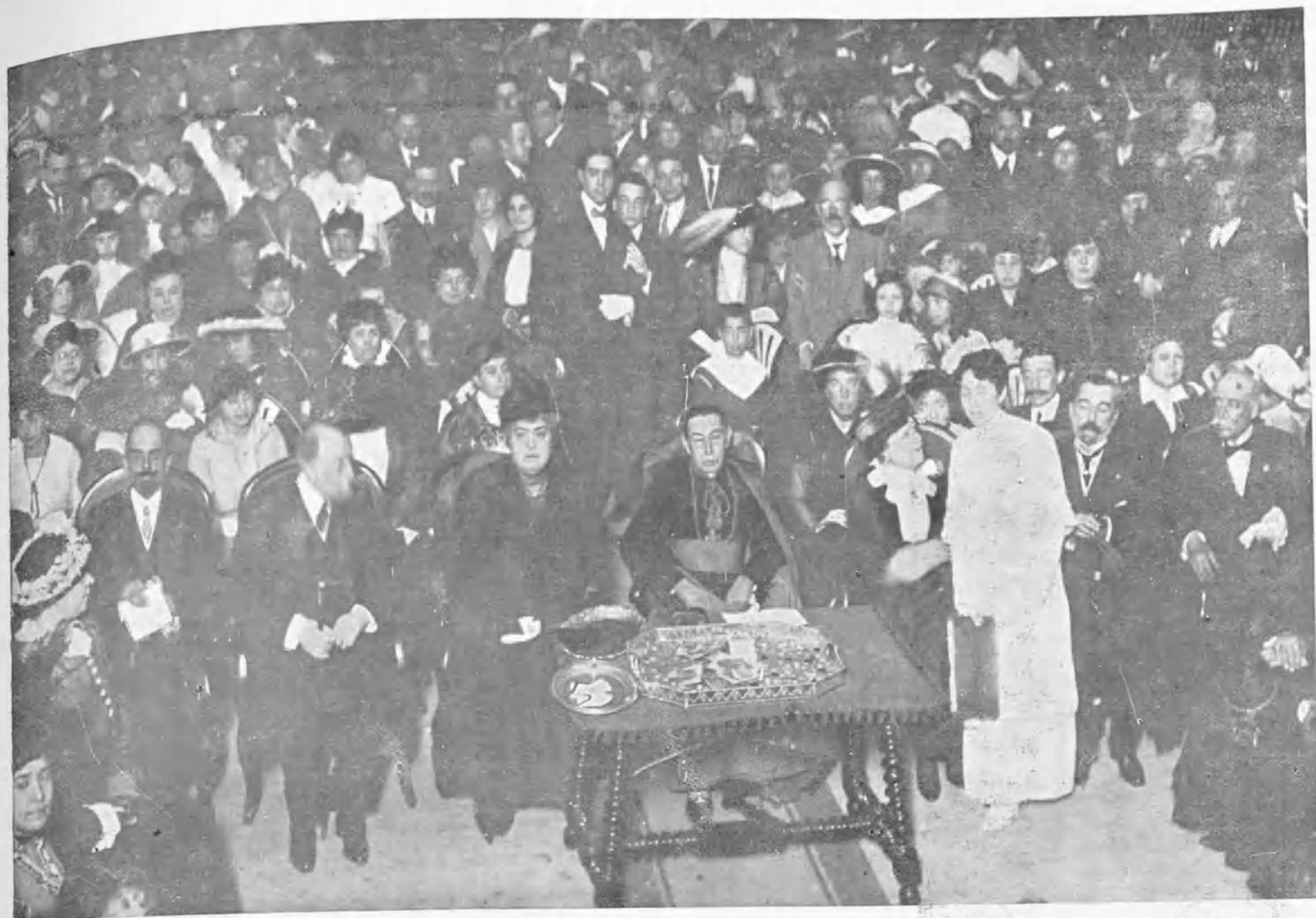


Un nuevo método educativo, empujando en la Casa-Cuna de Gipsy Hill', en Londres, con objeto de distraer a los niños, enseñándoles al mismo tiempo a bastarse a sí mismos. Un niño aprendiendo a ponerse las botas. Varios niños y niñas poniendo la mesa. Una niña aprendiendo a manejar los botones de un vestido

(Fot. Trampus.)



CABEZA DE ESTUDIO: DIBUJO DE
: : VELÁZQUEZ : :

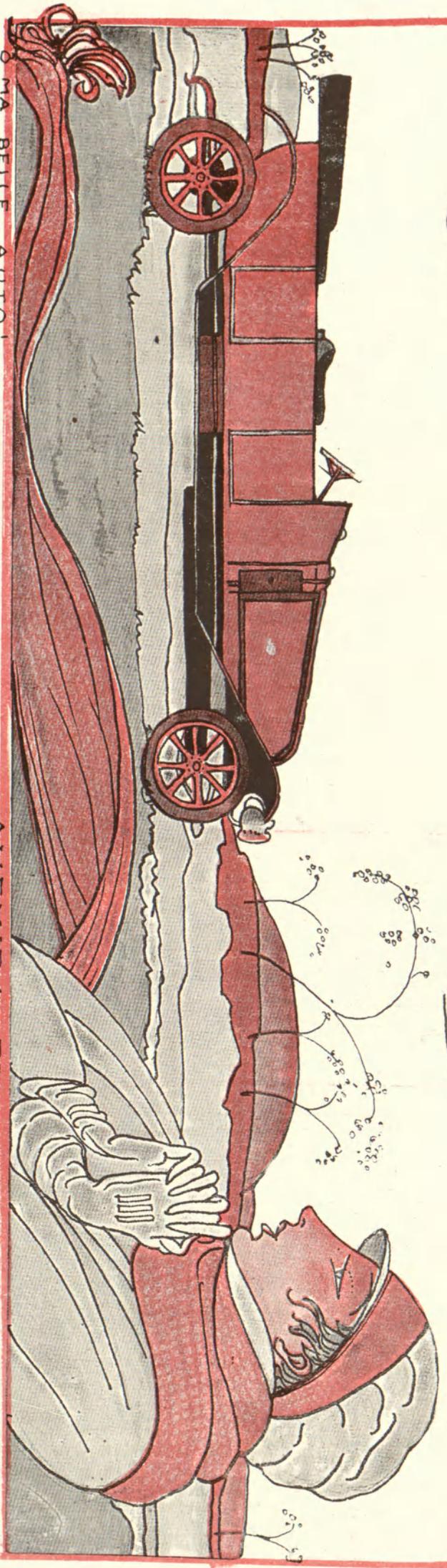


Una de las fiestas dadas por *Intereses Católicos* a favor de las obreras



Aspecto de una Junta de *Intereses Católicos*

J. H. E.
Automóviles
Perault



8 MA BELLE AUTO!...

AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS 8.
TELEFONO - 1404 - S.
MADRID.



HOMBRES DE ANTAÑO

UN MONJE CATALÁN



LESPADA TENÍA CRUZ, y al lado de los audaces dilatadores del orbe terráqueo encontramos a los dilatadores del imperio del alma. No sería justo olvidar a unos por ensalzar a otros. El Padre Bernal Boil, o Boyl, o Buyl,—que de todas estas maneras veo

escrito su apellido—nació al borde del Mediterráneo, en Tarragona, cuando iba casi por la mitad el siglo xv. Parece seguro que tomó el hábito de benedictino en Monserate, e hizo vida de ermitaño en el misterioso monte, donde persevera el recuerdo del Santo Grial.

Más tarde, con una misión del Abad de su monasterio, fué Boil a la corte de Don Fernando el Católico. Con tal ocasión Don Fernando escribió a los monjes afectuosa misiva, en lengua catalana. Y poco después, habiendo sido enviado nuevamente al Rey el Padre Bernal, el Rey, en nueva epístola, le llama *lo amat nostre fray Boil*.

Elegido ya Boil por Superior inmediato de los Ermitaños de Monserate, una serie de combinaciones y de modificaciones en el monasterio, obra del Rey mismo, por motivos políticos sin duda, hizo que fuesen alejados de la Congregación, no solo el nuevo Abad, Peralta, sino fray Bernal. A este, por cierto, se le confería un puesto altamente honorífico y delicado: se le nom-

braba Prelado y Jefe de los eclesiásticos que fuesen a las Indias recientemente descubiertas. Llevaba facultades de Nuncio Apostólico, y, a 25 de Septiembre de 1493 salía con Colón en su segundo viaje y en Diciembre del mismo año desembarcaba en la Española (Haiti). Las naves y carabelas eran diez y siete, y la tripulación mil quinientos hombres bien armados, provistos de municiones y de provisiones para poblar; y por su parte, fray Bernal y sus eclesiásticos llevaban sus armas naturales: imágenes, cruces, ornatos, el Cáliz divino.

Desde que el monje de Monserate entra en la esfera de Colón, sin duda entra también en la inmortalidad

como primer evangelizador en el nuevo continente; pero le aguardan las discusiones y hasta las calumnias que cayeron sobre la cabeza de quienes, por un motivo o por otro, tuvieron que aparecer en oposición con aquel genial y enigmático hombre de mar, a quien protegen las nieblas de la historia.

La primera y triste impresión que aguardaba a los tripulantes de la armada, era encontrar incendiado el fuerte de Navidad, donde Colón, poco previsor, había dejado una guarnición escasa y sin bastante defensa, al mando de aquel desdichado capitán Arana o Araña que pudiera ser «el que embarca y se queda en tierra»;

¡enorme injusticia! de los dichos populares, pues quedando en tierra corría, como se vió, el mayor peligro. Ya debió por esta primera muestra desconfiar Boil del acierto del Almirante, que enmendó el yerro buscando mejor lugar para la fundación de la Isabela. Allí





se alzó el primer templo cristiano en el Nuevo Continente, y en él se celebró el oficio divino, a los veinticinco días de haber llegado la nueva expedición. Verdad que en aquellos tiempos no se colocaban solemnemente «primeras piedras», sino que se ponían todas de seguida y con brío.

Era sin embargo el momento en que, dadas las ideas de la época, empezaba a parecer el Descubrimiento cosa poco menos que infructífera. Las aureas visiones de Colón cedían el paso a la realidad: no se encontraba la Cipango o Cibao de oro, sino una tierra de lozana vegetación que a fuerza de brazos había que domar. Entonces fué cuando Colón concibió la idea de enviar a España esclavos indios, caribes prisioneros de guerra cambiables en España por cabezas de ganado. Y se colige lo que pensarían de esto los Reyes, y cómo por ahí empezó la desestimación moral del Almirante del mar Océano.

Hízose impopular además en la Española, y nunca se restauró con firmeza su prestigio entre la gente que estaba a sus órdenes. Empeoraron la situación el hambre, las enfermedades, el tener que vivir de reptiles y asquerosas sabandijas, en aquella isla casi sin fauna útil al hombre; y Colón, contra murmuradores y descontentos, comenzó a ejercitar castigos: azotes, la lengua cortada. Por estas y otras durezas y crueldades, se hicieron incompatibles Colón y el Padre Boil, lastimado al ver aplicar, a hidalgos españoles, penas afrentosas. No le parecieron al monje rasgos de energía, sino al contrario, la revelación de que Colón no sabía organizar ni reprimir con aquella firme templanza que da a la autoridad respeto y al castigo razón y ejemplaridad. Así Boil, el primer apóstol, como Margarit, el primer general, en un mismo día se hicieron a la vela para España en unión de bastantes colonizadores que no podían sufrir ya ni el gobierno de Colón ni tal vez las privaciones y horrores que les cercaban.

La determinación de Boil y Margarit ha sido objeto de acres censuras y calificativos durísimos. Escritores—de los que siempre rebuscan culpas en España—lo miraron como un acto de cobardía, como una dejación del puesto que se les había confiado. Desde luego hay que recordar que Boil estaba autorizado, expresamente por los Reyes, para regresar a la Península cuando le pareciese oportuno; y la sospecha de pusilanimidad no cabe contra Margarit, del cual se sa-

ben rasgos como el de las dos tórtolas vivas que soltó a volar cuando se las ofrecieron hallándose desfallecido por falta de alimento, no queriendo aprovecharse de un manjar que no alcanzaba para todos sus soldados. Es más racional creer que de lo que huyeron fué del mando, para muchos insoportable ya, de Colón. Boil estaba cansado de hacer al Almirante advertencias, de darle consejos y de acudir hasta al entredicho religioso cuando se cometía algún desmán, las que llama Gomara «muertes y afrentas» de españoles. El monje ejercía una influencia humanitaria, o mejor dicho, quería ejercerla ateniéndose al espíritu de justicia y dignidad que inspiraba a los Católicos Reyes. No hay que echar estos antecedentes en olvido cuando se hable de la ingratitud de España con Colón. Ni hubo ingratitud con el descubridor del Nuevo Mundo puesto que nadie sabía, ni él, que en efecto fuese un nuevo mundo el descubierto, ni los Reyes, con prudencia, quisieron enviar otra vez a América a Boil, comprendiendo que nunca podría existir acuerdo entre él y el Almirante.

Y este era necesario para continuar la obra emprendida, para seguir descubriendo y colonizando. Aunque no se creyese en la magnitud del hecho, se barruntaba, y la Reina, especialmente, tenía en él un interés de corazón piadoso; el afán de salvar a los indios. De Colón no se podía prescindir.

Seguros, con todo eso, de que no había culpa en el Padre Boil, le nombraron Abad del rico y antiguo monasterio de San Miguel de Cuixá, en el condado de Rosellón, quitando la Abadía al sobrino de Sixto IV, Cardenal de la Rovere, que a su vez había de ser Papa con el nombre de Julio II. En el retiro de Cuixá vivió veintidós años fray Bernal Boil; y tuvo ocasión de desempeñar misiones secretas e importantes de los monarcas.

Conviene saber que no ha dejado de discutirse si Boil fué o no fué franciscano, y si pasó a la orden de los Mínimos, discusión verdaderamente mínima; en cuanto a que vistiese el sayal de la Seráfica Orden es dudoso. El famoso cronista Wadingo fué muy severo y acusador con Boil, y es de presumir que no lo hiciera a ser en efecto franciscano.

De todas suertes, y aun después de trabajos muy eruditos y documentados,—como los del P. Fita—, acerca de la personalidad de Boil y de la misión que



siendo ya Abad de Cuixá desempeñó con tanto patriotismo acerca del Rey de Francia y don Felipe el Hermoso, quedan en su historia puntos que sería curioso averiguar.

Uno de los más dignos de considerarse es el que se relaciona con la prohibición de que pasasen a las Indias quienes no fuesen de nación castellanos. Wadingo atribuye esta prohibición al papel desempeñado por los catalanes, Boil y Margarit, en la Española contra el Almirante. Y fué exacto que la prohibición se impuso, pero se le da como causa el no querer la Reina que pasasen a las Indias sino los propios súbditos y vasallos de sus patrimonios. Cataluña, Aragón y Valencia eran patrimonio del Rey y hasta 1504 en que muere Doña Isabel, se mantiene la ley de excepción en favor de Castilla.

¿Debe deducirse que, contra la afirmación de bastantes historiadores, el asunto del descubrimiento fué en un principio cosa exclusiva de la Reina, a pesar de aquel «Place a sus Altezas» que parece comprometer

a un tiempo a los dos agregios consortes? No en balde diría Oviedo que «después que murió la Reina Católica Doña Isabel, pudo el Rey adelantar y beneficiar a sus aragoneses en Castilla». En el testamento de la Reina consta que las Indias fueron «descubiertas e conquistadas a costa destes mis regnos e con sus naturales dellos» mientras en el del Rey, las Indias no son mencionadas siquiera; y hasta 1551, bajo Felipe II, no se decretó que los aragoneses gozasen en las Indias el mismo fuero que los castellanos.

El monje catalán de Monserrate era sin duda más bien hechura de Don Fernando que de Doña Isabel. Acaso por eso, en la discordancia con el Almirante, se impuso el que no volviese a las nuevas tierras Bernal Boil, aun cuando, honrado y recompensado con un puesto muy apetecido, siguió disfrutando la confianza de los Reyes y sirviendo a España.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN





PATINA

Vencedor de la muerte
el tiempo con el arte colabora,
y su apacible pátina convierte
en luz de tarde el resplandor de aurora.

Él sabe recordar, cuando amortigua
la cruda intensidad de su reflejo,
las aguas muertas en la plata antigua
y los trigales en el oro viejo.

Él hace, malicioso, que el espejo,
tras cuya luna se corrió el azogue,
conteste a la mujer que le interrogue
velando, cual la imagen, el consejo.

Presta a las colgaduras de damasco
que enrojeció sangrienta la escarlata,
la tenue opacidad igual y grata
del fuego que resguarda la ceniza;
esparce y desparrama sobre el casco
el penacho de plumas que desriza;
y, fundiendo sus tonos desiguales,
con distinción heráldica, armoniza
en el blasón colores y metales.

Él sabe conservar, piadoso y noble,
la rota enseña y la reliquia santa,
él, por dotarles de hermosura doble,
suaviza el cuero, el mármol abrillanta,
bruñe el marfil y pulimenta el roble.

Él hace que, poniéndose amarilla,
año tras año adquiera
la vitela que arruga y abarquilla
la matidez del hueso y de la cera,
para que, cuando mezcle con la austera
narración el relato del prodigio
y junte la verdad con la quimera,

se acreciente el encanto y el prestigio
del venerable códice en que entabla
sus coloquios la gesta con la historia,
y parezca en la noble ejecutoria
más solemne la voz con que nos habla
del hecho heroico y de la muerta gloria.

Y en el cobre, en el lienzo y en la tabla,
como la bruma que, al tender su vuelo,
nubla el sol y tamiza sus fulgores,
para que alumbren por igual al suelo,
suavizando contrastes y colores,
presta nuevo atractivo y nueva vida
al cuadro que embellece y avalora
con los matices que el pincel olvida
y con los rasgos que el carbón ignora.

Su mano en el relieve que decora
el tímpano del ático o la ojiva,
borra el detalle sin borrar la traza;
y en el labrado capitel enlaza
la hiedra muerta con la hiedra viva.

Y para que le oigamos con respeto,
en las losas que el musgo aterciopela
sabe los pasos acallar discreto,
a la par que en voz baja nos revela
las grandezas de ayer como un secreto.

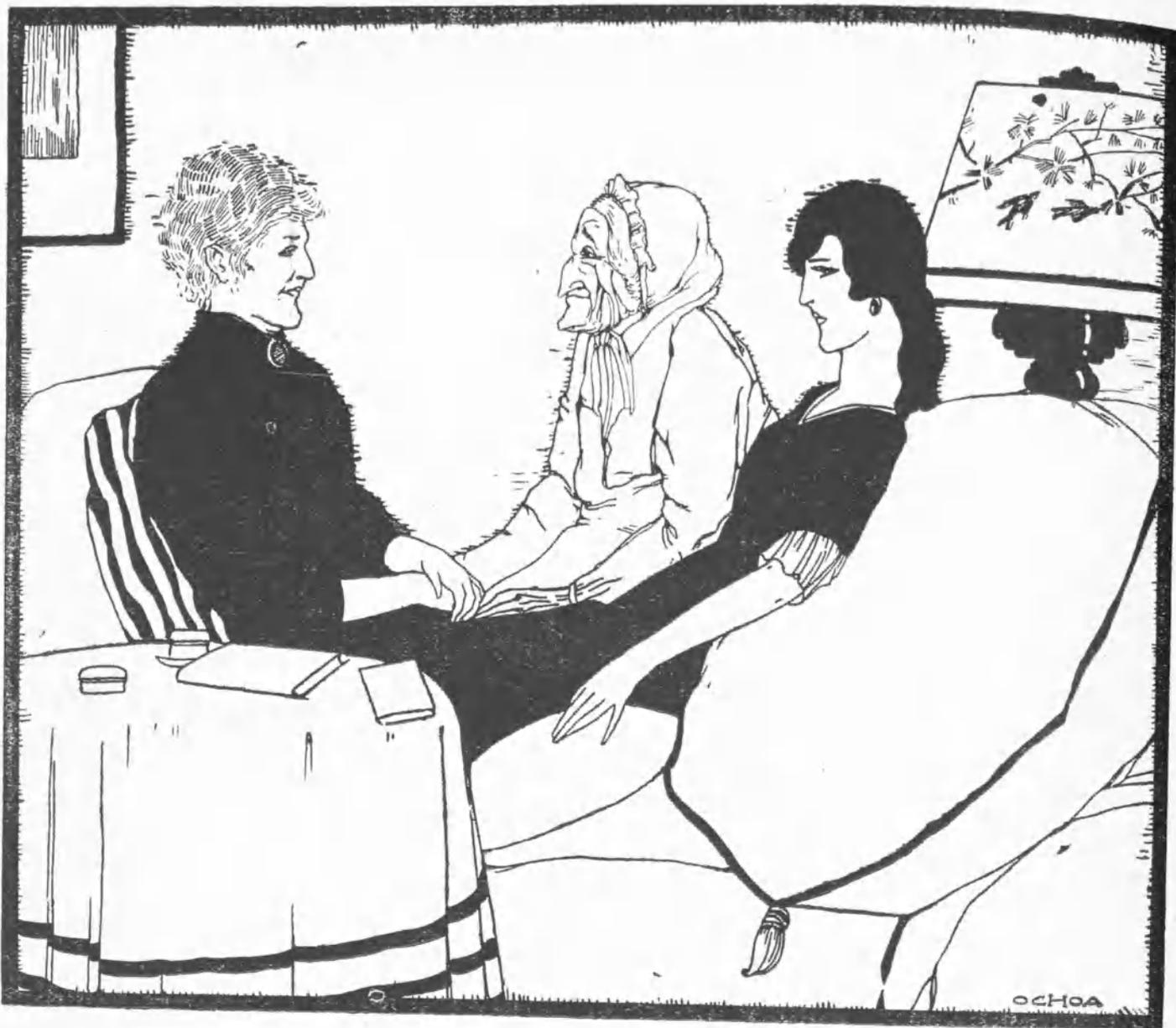
Él da encanto y poesía
a lo que se conserva todavía
tal como lo guardó la bisabuela
y que, curiosa, la biznieta saca
para lucirlo con orgullo un día,
de la caja de sándalo o de laca
donde con sueño plácido dormía.
La mantilla de blonda
que con nardos o incienso se perfuma;
el abanico de carey y pluma
que da a las gasas languidez de onda,
y a los encajes inquietud de espuma.
El mantón de Manila
por cuyos pliegues vuela la bandada
de pájaros extraños, o desfila
la interminable procesión formada
por barcos, palanquines y muñecos,
y sin cesar enreda y desenreda
sobre la falda de joyante seda
los pesados torzales de sus flecos.

La sarta que sus perlas orientales
en el cuello de nieve tornasola,
o que enciende con fuego de amapola
sobre la piel trigueña sus corales;
y la calada y arrogante peina
que en el tiempo en que España era española,
prestó a la reina gracia de manola,
y a la manola majestad de reina.

* * *

¡Oh, quietud de remanso
donde sin declinar lo eterno vive,
y halla lo que es efímero descansol
Sólo cuando se calma y se sosiega
es cuando fuerza y claridad recibe
el vino que se enracia en la bodega
y el agua que se posa en el aljibe;
y cuando a resistir los siglos llega,
a la vez nos cautiva y nos encanta
la obra en que el tiempo, amante y no tirano,
sin imprimir la huella de su planta,
imprimió las caricias de su mano.

MANUEL DE SANDOVAL



A YER, HOY, MAÑANA

DIÁLOGO

Personajes: LA ABUELA.—Tía ROSAURA, viuda, cuarenta años.—
LELÉ, diez y ocho años.

LELÉ.—(Muy enfadada). ¡Abuelita! Ríñele a tía Rosaura. No me quiere dejar leer un libro que tiene: *La esclavitud femenina*.

LA ABUELA.—Y tú, ¿para qué quieres leer eso? ¡Dichosas novelas! Cuando tu tía no quiere es que no te conviene leerla.

ROSAURA.—Si no es una novela, mamá. Es un libro de Sociología.

LA ABUELA.—¿Y disputáis por una cosa tan aburrida? Tontina (a Lelé). Si tu tía te prestara el libro no pasabas de la segunda hoja.

LELÉ.—Que sí, abuelita; que a mí me gusta instruirme. Ahora que las mujeres vamos a votar y a gobernar un poquito el mundo, será menester que aprendamos muchas cosas para enmendar las tonterías que han hecho los hombres.

LA ABUELA.—¿Qué sabes tú de hombres y mujeres, muñeca? ¿A que nos vas a resultar feminista? Tú, Rosaura, tienes la culpa con tu manía de los libros, de las conferencias, de los periódicos. Eres muy sabia, muy politicona.

ROSAURA.—Es que me voy volviendo vieja. Además, esta manía de leer me la pegó mi pobre Ernesto. Cuando leo, cuando pienso en estas cosas serias que a él le interesaban, me parece que todavía le tengo a mi lado. Pero tú (a Lelé), estás empezando a vivir. ¡Diez y ocho añitos! A los diez y ocho años no pensaba yo más que en tontear. Nos dice el espejo tantas cosas; es tan triste la vida; hay tanta luz en el cielo; todo sonríe, todo hace soñar. Luego vienen las penas.

LELÉ.—Ahora son otros tiempos. Yo no soy una chicuela insustancial. Si te parece, cómprame una muñeca o un aro.

LA ABUELA.—No te enfades, nenita. Ya echarás de menos la época de las muñecas. ¿Te figuras que ser electiva y diputada y todas esas cosas raras que os han metido en la cabeza, será muy divertido y muy bueno para mujeres? Yo ya sé que vosotras direis: la abuela es muy antigua y no entiende de estas cosas modernas, por ella podría seguir la esclavitud femenina de que habla ese señor del libro. Esas son cosas de poetas o de charlatanes; no sé. Yo he vivido en otros tiempos y no he sido una esclava. Tu madre, ¿es una esclava? ¿Eres tú una esclava, cuando todos estamos pendientes de tus caprichos? No; no consiste *todo* en votar, ni en hacerles competencia a los hombres en la política, que debe ser una cosa muy fea, cuando todo el mundo habla tan mal de ella. No niego que hay pobres mujeres que tropiezan con hombres canallas que las hacen desgraciadas, pero eso no se remedia con leyes, y en la isla de San Balandrán sucedería lo mismo. Es que las mujeres somos así. Somos esclavas cuando queremos, esclavas de nuestros hijos, de nuestros nietos, del hombre a quien nos unimos ante el altar, pero esclavas por amor. Esclavas y reinas, porque todas tenemos nuestro reinado que vale más que todos los del mundo: la casa.

LELÉ.—Sí, sí, nosotras metiditas en casa y los hombres divirtiéndose fuera. Eso ya no se lleva. Debía haber también Casinos para las señoras y para las muchachas.

LA ABUELA.—¿Y qué falta os hacen? ¿No tenéis los *tes*, las *matinéés*, el *tennis*, tantos sitios donde ir, tantas diversiones que yo no sé como tenéis cuerpo para resistirlas? Pero ya irás tú comprendiendo lo que vale tener un rinconcito nuestro, en que hemos pensado nuestros mejores pensamientos; en que cada cosa nos habla con ternura, en que vuelan muy calladitos los recuerdos y hay en el aire que respiramos tantas cosas, ecos antiguos de risas y de lágrimas; al cabo del tiempo las mismas lágrimas antiguas consuelan y refrescan el alma. Puede que las mujeres del porvenir cuando seais todas eso que anuncian los papeles *hagais* grandes cosas. ¿Por qué no? Nunca he creído que fuéramos más tontas que los hombres, pero por mucho que hagáis, no será más positivo, ¡vaya!, ni más importante que el cuidado de una casa. Tu tío el obispo, que habla tan bien y sabe tantas cosas, decía que la misión de la mujer en su casa, no es sólo ser buena hija y buena esposa y buena madre y siempre buena cristiana, sino que le corresponde... ¿cómo decía? ¡Ahí, sí; que le corresponde un ministerio estético; hablando claro, que tiene la misión de embellecer la vida del hombre, tan llena de afanes, de desazones y de luchas. ¡Lo que gozaba yo cuando tu abuelo alababa el gusto con que estaba puesta la mesa, o lo confortable de nuestro comedor al calor de la chimenea, que le hacía decir: «Julia, esta noche no

voy al Casino; se está aquí tan bien». Me gustaba oírsele más que un piropo. ¡Se puede hacer tanto bien con sólo saber ser mujer de su casa! Ahora que no nos oyen, os diré que los hombres no son tan malos, como decimos por broma delante de ellos. Se figuran ser los amos y siempre los hemos manejado nosotras. Casi siempre el que se descarria es por no haber encontrado una mujer que le sujete, que le haga amable el rinconcito tibio de la casa.

ROSAURA.—Sí, mamá, tienes razón como siempre. Pero hay tantas mujeres pobres, desgraciadas, que tienen que ganarse la vida, que es justo darles medios de defenderse como los hombres, de hacer leyes que las protejan. Además, lo uno no quita a lo otro. Las mujeres, aunque voten, aunque tengan su poquito de mano en el gobierno de la sociedad, no dejarán de ser mujeres. No se acabarán por eso los espejos, ni las flores, ni el velar ansiosas junto a una cuna.

LA ABUELA.—¡Dios te oiga! Todo está en eso; en que a las mujeres, metidas en las cavilaciones de los hombres, no se les olvide que son mujeres. Si se apartan de su reino pequeñito, pero seguro, de la casa, ¡malo! Más que todo eso del voto y de los derechos de que oigo hablar ahora, me alarma a mí una cosa que leí el otro día, porque yo también leo, cuando estoy aburrída; no os figuréis que no... Es una tontería; puede que os riáis. Están haciendo, no sé dónde, en los Estados Unidos o en Inglaterra, unas casas con cocina central, como la calefacción, donde los inquilinos pedirán la comida como en la fonda.

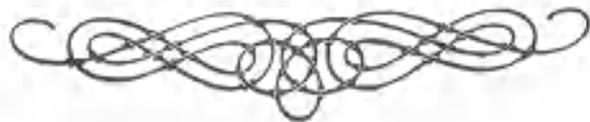
ROSAURA.—Pero, mamá, si eso sería una delicia. ¡Y ahora que está tan caro todo!

LA ABUELA.—¡Tonta! Subirá el precio del cubierto. Comprendo que es muy cómodo no tener que pelear con cocineras, ni pensar ¿qué pondremos mañana? Pero todo eso irá achicando la casa; irá quitándole el aire de familia, el calorcito de la intimidad. Ya hoy anda todo muy variado. ¡Aquellas casas antiguas, de mi tiempo, en que se hacía la ropa blanca y se tenía todo por junto, eran casas! Ahora lo comprais todo en las tiendas. Es verdad que una señora de su casa tenía mucho más que hacer que ahora, pero eso le daba importancia. Las casas de ahora son pocas; son tan pequeñas, se está tanto fuera de ellas que las tomamos menos cariño. Si la casa llega a volverse como un cuarto-fonda, entonces sí que las mujeres estarán en peligro de volverse hombres.

LELÉ.—No lo creas, abuela; como dice la tía, se puede atender a las dos cosas; un poquito a la casa y otro poquito al mundo. Además, todo cambia, como las modas.

LA ABUELA.—Es verdad. Eso lo sé yo mejor que vosotras, porque he vivido más. Pero no me negareis que hay modas muy raras.

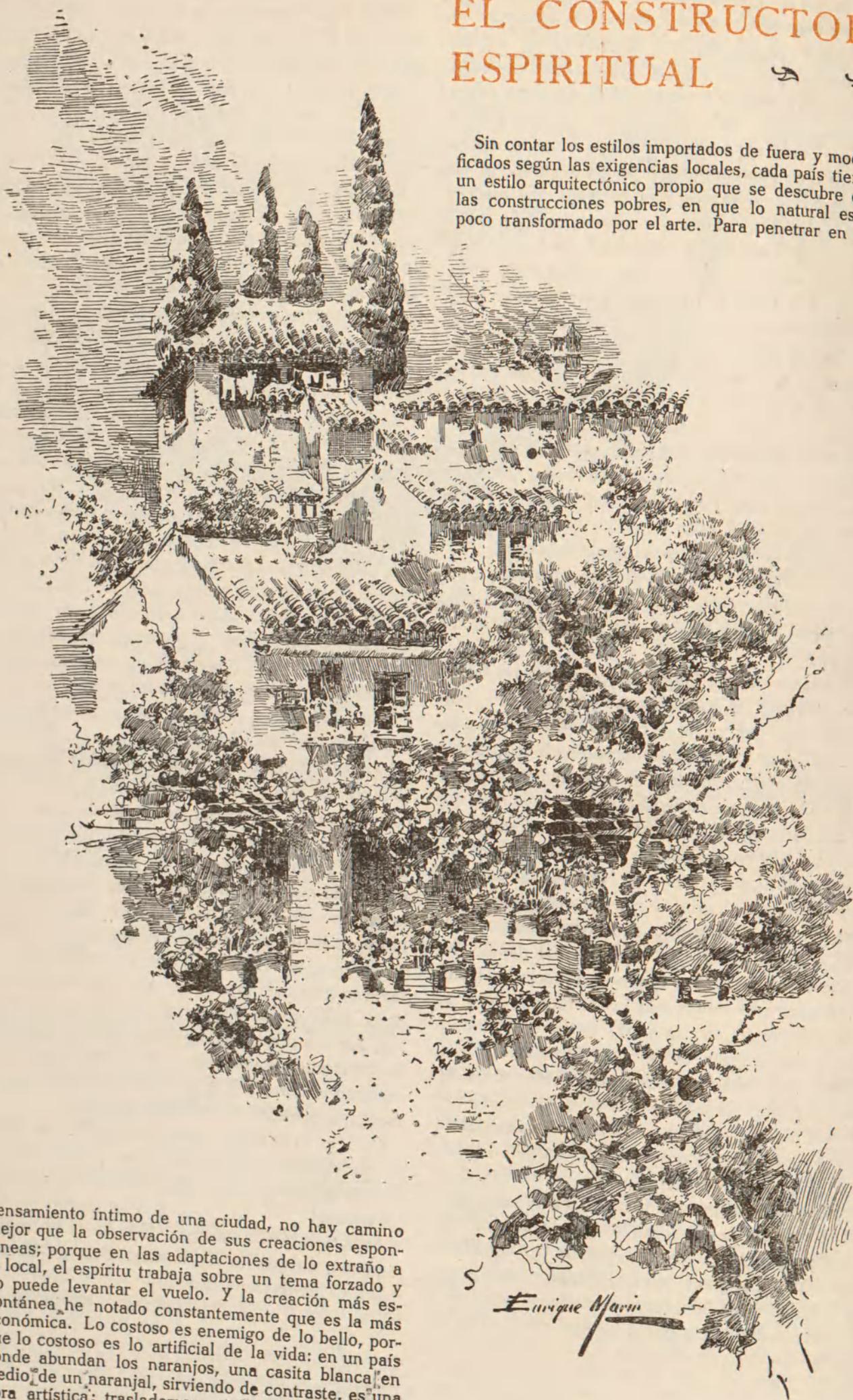
E. GÓMEZ DE BAQUERO.



GRANADA, LA BELLA

EL CONSTRUCTOR ESPIRITUAL

Sin contar los estilos importados de fuera y modificados según las exigencias locales, cada país tiene un estilo arquitectónico propio que se descubre en las construcciones pobres, en que lo natural está poco transformado por el arte. Para penetrar en el



pensamiento íntimo de una ciudad, no hay camino mejor que la observación de sus creaciones espontáneas; porque en las adaptaciones de lo extraño a lo local, el espíritu trabaja sobre un tema forzado y no puede levantar el vuelo. Y la creación más espontánea he notado constantemente que es la más económica. Lo costoso es enemigo de lo bello, porque lo costoso es lo artificial de la vida: en un país donde abundan los naranjos, una casita blanca en medio de un naranjal, sirviendo de contraste, es una obra artística; traslademos este cuadro a un clima del Norte, y hagámosle vivir dentro de una inmensa estufa, y lo bello se transformará en caprichoso

ante la idea de que no es ya la naturaleza la que obra, sino el bolsillo. Una obra que a primera vista revela lo excesivo de su coste, nos produce una sensación penosa, porque nos parece que se ha querido comprar nuestra admiración, sobornarnos. El esfuerzo material debe quedar siempre anulado por la concepción artística; y para conseguirlo en las obras de mucho aliento, es necesario que éstas estén espiritualmente emparentadas con las pobres y humildes que nacen del natural sin violencia, y que por esto son en cada pueblo las más típicas.

Lo típico es lo primitivo, es lo primero que los hombres crean al posesionarse del medio en que viven; y lo primero debe ser y es lo que exige menos gastos de fuerza. En un país llano y lluvioso como Flandes, nada más sencillo para disfrutar de medios fáciles de comunicación que cubrirlo todo con una espesa red de canales; y surge la ciudad acuática, no al modo de Venecia, sino descolorida y melancólica, como envuelta en gasas de tenue neblina. Esa misma llanura del suelo les permite tener caminos, más cómodos para andar por ellos que nuestras mejores calles; y como el transporte no exige el empleo de grandes fuerzas, viene otro rasgo típico: el carricoche o carretón tirado por perros. El tráfico menudo dentro de las ciudades y entre éstas y los campos corre a cargo de los utilísimos perros, que con el hábito llegan a adquirir energías sorprendentes. ¡Cuántas veces he visto tres o cuatro perros uncidos, tirando de una familia numerosa y tan repleta de carnes, que de ella sacaríamos en España dos familias de buen ver! Si de las planicies lluviosas pasamos a las planicies nevadas del Norte de Rusia, ya no hay que hacer caminos: todo es camino; y aparece el trineo que en sustancia se reduce a una banqueta colocada sobre dos largos patines: aquí no sirve el perro; pero está el caballito tártaro, que no corre, sino que vuela, sin que lo fustiguen jamás. Todo es trineo: el que ha de transportar algo no lo lleva a cuestas; lo coloca en un trineo de mano, y en cuanto llega a una pendiente, se monta encima y se deja ir: la montaña rusa. En cuanto a las construcciones arquitectónicas, como lo que más se cría es madera, lo característico es desde luego la casita de madera, encaramada sobre la roca viva o sobre muros hechos imitándola.

La naturaleza dotó nuestro suelo con espléndida vegetación, y nuestro primer movimiento fué aprovecharla, y nació lo que es típico en nuestra arquitectura: el enlace de las construcciones con las flores y las plantas. Muchos pensarán que una huerta, un ventorrillo, una casería o un carmen, no contienen en sí los elementos de un estilo arquitectónico bien definido, puesto que en cuanto construcciones son casas que poco o nada difieren de las demás: que lo esencial en ellas no es un rasgo artístico, sino algo que crea el ambiente y que no tiene nada que ver con la arquitectura. Sin embargo, es tan decisiva la influencia de la construcción, que si en una huerta o en un carmen se edificara un palacio, todos estarían conformes en decir que aquello era un palacio, que ya no era una huerta ni un carmen. Porque idealmente concebimos la relación permanente que, según nuestro carácter, debe guardar la obra del hombre con el medio; y esta relación es la clave de nuestro arte arquitectónico y de nuestro arte general. Nosotros, en arquitectura, comenzamos por reconocer que no es posible luchar contra la realidad; que por muy alto que lleguemos, nos quedaremos siempre muy por bajo de lo que nuestro suelo y nuestro cielo nos ofrecen.

Artistas de más imaginación que nosotros, los árabes, no lucharon tampoco frente a frente, sino que lucharon escondidos en sus casas y crearon una arquitectura de interior. Así, pues, nos sometemos, y en este acto de sumisión está el alma de nuestro arte. Nuestra huerta es la huerta humilde; nuestra casería es tan sobria y adusta como los cigarrales de Toledo; nuestro carmen es una paloma escondida en un bosque, para emplear la frase consagrada por los poetas; y la casa de la ciudad, nuestra antigua casa, no era casa de apariencias, de mucha fachada y poco fondo: era casa de patio. El arranque decorativo más audaz que registran las historias es la reja, la ventana o el balcón adornados con tiestos de flores. Esa mujer que riega sus macetas a la ventana, ese hombre que arroja brochazos de cal a las paredes de su casuca, hacen más por nuestro arte

que el señorón adinerado que manda construir un palacio en que se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen, porque hablan una lengua extraña que nosotros no comprendemos.

En muchas exposiciones extranjeras he encontrado cuadros que me han hecho pensar sin vacilación; esto es de Granada. No porque reconociera el lugar representado por el artista, pues a veces los artistas descubren rincones ignorados o ven las cosas desde puntos de observación originales que las transforman, sino porque en aquellos cuadros leía yo de corrido, como en un libro nuevo de un autor de quien ya conociera todas las obras publicadas. Y, en efecto, he buscado los catálogos y he visto que eran cosas de Granada; y lo que he encontrado con más frecuencia —aparte de las reproducciones de la Alhambra, a las que aquí no me refiero—, son calles estrechas, quebradas; las casas de planta baja con parral a la puerta, con enredaderas en la ventana, con tiestos en el balcón, y entre ellas blancos tapiales por los que rebosa la verdura. Un extranjero descubre el carácter de los países que visita, y da lecciones de buen gusto a las gentes del país; un extranjero que lije su residencia en Granada, habitará en un carmen o en una casa que tenga algo de carmen.

Yo no comprendo cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad; cómo la portería ha matado el patio andaluz; cómo las salas bajas se han transformado en portales de comercio menudo, obligando a los ciudadanos a pasar los meses de calor en los pisos altos, en ropas menores. La culpa no es de los arquitectos, que en nuestra época, más que hombres de ciencia o de arte, son acomodadores. El problema que se les obliga a resolver no es estético, ni siquiera higiénico; se les pide que construyan casas que cuesten poco y que den mucha renta, y para ello no hay otro recurso que encasillar muchas personas en muy poco terreno. Y lo peor no es lo que se ve, sino lo que se prevee que ha de ocurrir; porque marchando contra la evidencia, nuestra sociedad ha condenado ya al desprecio la casa antigua, libre y autónoma, y ha decidido que lo elegante sea el piso a la moderna. Y este resultado se percibe a las claras que es debido a la lima sorda de las mujeres.

Nuestras mujeres piensan demasiado en casarse, y creen que para simplificar el casamiento hay que prescindir de la casa y atenerse al piso: una casa exige muchos trastos, es cosa formal; y hoy todo debe hacerse a la ligera, provisionalmente. Bello es, sin duda, que una mujer se resigne por amor a vivir en una buhardilla; pero la belleza está en la resignación, en que su idea es más alta que la realidad; mientras que ahora no ocurre eso, sino que la mujer, perdiendo su antigua concepción de la vida familiar, recordándose como la figurita de un cromó, considera el «piso» como su «bello ideal», y se hunde en los abismos de lo ridículo hablando de ensueños de amor, cuyo marco invariable es la «casa de muñeca», donde el alma está encogida por el sentimiento de lo pequeño y de lo artificioso. Si se deja la casa por el piso, el casamiento se convierte en «pisamiento», en aglomeración de cosas y personas que se atropellan por falta de espacio; la variedad de las actitudes desaparece, y no hay medio de conservarles su gravedad ni su nobleza. He notado que todas las mujeres que se acercan a abrir la puerta de un piso, toman momentáneamente el aire de criadas. Aunque se tenga un exquisito gusto artístico y se atesore una rica colección de objetos de arte, el conjunto produce la impresión de un baratillo, porque se nota en seguida que falta la unidad; que el recipiente, el edificio, es de estructura prosaica.

En las casas antiguas una mujer es una galería de mujeres: cuando está en las salas bajas, recuerda los tiempos en que la reja era reina y señora de nuestras costumbres; en los patios, meciéndose en el balancín, toma matices orientales; en los salones grandes y destartalados, parece una figura arrancada de un viejo tapiz; asomada a lo alto de una torre, trae a la memoria la época de los castillos y las castellanas.

.....
Mediten las mujeres.

ANGEL GANIVET



LA CUMBRE MÍSTICA

III

NUEVAS PREMÁTICAS DEL TIEMPO ☉ BREVE HISTORIA DE UNA EVOLUCIÓN INTELECTUAL.
 POSITIVISMO Y PRAGMATISMO ☉ LO PRIMERO ES VIVIR... ☉ LA TRAGEDIA INTERIOR DE UN
 ESTUDIANTE. ☉ PSICOLOGÍA DEL *HOMBRE DE PRESA* ☉ EL PRAGMATISMO EN LOS NEGOCIOS,
 EN LA POLÍTICA Y EN EL ARTE ☉ ☉ ☉ ☉



LMAGINAD UN ALMA candorosa, juvenil y sincera, de ardiente vocación metafísica, de noble estirpe intelectual, que acude a las aulas y a los libros con el ávido afán de conocer, de erigir su pensamiento y su conducta sobre recias y hermosas certidumbres.

—Pierdes el tiempo, amigo mío, —oye decir, a las primeras lecciones—. La filosofía no existe; la filosofía murió. Descanse en paz, de ahora para siempre. Era una vieja embaidora; no tenía razón ni derecho de vivir. Sus fines eran ilusorios; sus métodos, arbitrarios; sus problemas, ficticios, y por lo tanto irresolubles. La inteligencia es impotente para llegar al fondo de las

cosas, para comprender lo inefable: encerrada en sus moldes inflexibles —el espacio y el tiempo—, como el gusano de seda en su capullo, sólo conoce, y esto de un modo provisional, lo relativo. Cuantos esfuerzos lúgubres hace la reflexión humana por abstraer lo esencial y lo absoluto, son paradójicos y estériles: toda afirmación que supere al tiempo y al espacio, es vanidad de vanidades; toda ciencia que sobrepuje a los fenómenos sensibles, gira sobre sus propias deducciones, como el gato que juega con su cola. No hay otro conocimiento que el de las ciencias positivas. Si quieres saber un poco de ti mismo, del mundo, de la vida universal, no vengas aquí: vete a un laboratorio.

Lleno de turbación, de profunda melancolía, el ingenuo aprendiz busca otros libros, otros maestros...

—¿Quiéres inquirir la verdad? —le dicen en las cátedras de enfrente—. Pues no la busques en los li-

bros, ni en las teorías de los filósofos, ni en las fórmulas yertas de la razón: búscala en la corriente impetuosa de la vida. Porque la verdad no es lo que es, sino lo que a ti te parece que es y, mejor aún, lo que a ti te conviene que sea. El hombre es la medida de todas las cosas; la práctica, la experiencia, es la piedra de toque de la verdad. Una doctrina, una convicción, una ley, cualquiera que fuere, si produce buen fruto, si es apta y eficaz para el gobierno del hombre, tenla por cierta y por segura, tanto a lo menos como las leyes naturales que sabiamente aplicadas por la ciencia ponen a nuestro servicio la muchedumbre de los fenómenos. Las más encumbradas filosofías son construcciones personales sin valor objetivo; presuntuosas torres de Babel que en vano pugnan por arribar al cielo. Inútiles son y engañosas, porque pretenden someter la vida a la razón, en vez de uncir la razón al yugo potente de la vida. Pero nosotros queremos prácticas vitales, no teorías ni abstracciones muertas; queremos lo que es idóneo, lo que es humano y eficaz, lo que sirve mejor para vivir. *Primum vivere...* Una sola verdad humilde y relativa, del tamaño de una almendra, si nos hace dichosos, vale por cien verdades absolutas. Y aun cualquiera ficción útil y dulce, fecunda y bienhechora, le excede y aventaja a la más presumida y arrogante *realidad en sí*. Las ideas, como los hombres, deben servir para la vida, para el éxito; cuando no, ¿qué habrán sino el fracaso y la muerte? Procura, pues, joven amigo, acomodarte en el mundo lo mejor que puedas y *elegir tu verdad*, la que más te guste, la que mejor se pliegue a tu vocación, a tu necesidad e interés: la experiencia, la práctica, los hechos, te darán la medida de tu valor y su certeza...

Imagínese ahora la tragedia espiritual de este pobre mozo a quien sus ciegos mentores le arrancan de cuajo la fe de Dios y de sí mismo, la certidumbre de las ideas puras, la virtud de su propio entendimiento, la esperanza de la eterna realidad, de la suma belleza, del infinito bien, y sólo le ofrecen, para saciar el hambre de su alma, un pragmatismo ruín, una filosofía de mercachifles, una almorzada de paradojas e ironías, de *ficciones útiles*, recetas vulgares y pedestres para vivir y granjear en el mundo relativo de la sensación y del fenómeno. ¿Qué rumbos tomará después un mozo así, educado en la fácil y alegre pedagogía del éxito, de las certezas provisionales, de las convicciones transitorias, del sentido común y positivo? ¿Qué fruto dará en su madurez, la edad de la experiencia, de la reflexión egoísta, un joven imbuído precozmente en lo más próximo y concreto, superficial y simple de las cosas, habituado a restringir sus horizontes, a li-

mitar su inteligencia y aborrecer lo que parece inútil, lo abstracto, lo inefable, los sabrosísimos deleites de la contemplación y del ensueño?

Tal vez el ansia de la Verdad objetiva, el miedo, el odio al relativismo desolador, la fe en las cosas inmortales, el puro afán de que no sean una ilusión subjetiva, un espejismo en el desierto, lo recobren al fin, como a otros muchos, y lo levanten al nivel de las eternas, de las fecundas y redentoras afirmaciones. Mas si carece de personalidad y brío, de vocación osada y entrañable, si no tropieza por ventura con un amor apasionado y heroico, un ideal augusto, algo sublime que sacuda y hurte su corazón o su cerebro, el infeliz caerá definitivamente en esas doctrinas convencionales y rastreras que el pragmatismo yanquí opone a los dogmas, harto más nobles, si no menos errados y perniciosos del racionalismo francés.

En este último caso nuestro novel positivista será en lo porvenir un *hombre de presa*, un *hombre de acción*, cuya moral utilitaria, cuyos sencillos hábitos mentales, siempre estarán dispuestos a servirle con energía y prontitud, sin los estorbos de la ética pura, del pensamiento discursivo ni de *la loca de la casa*. ¿Quién le podría disputar el triunfo? Si se emplea en negocios, será su dios el dinero, su catedral la bolsa, el debe y el haber su Kempis, su retablo la caja de caudales, su brújula el reloj, sus armas el bombo y el anuncio, su bello ideal la torre de Babel y el rasca-cielos. Desdeñará groseramente las relaciones profundas de las cosas, las sutiles esencias culturales, la ensoñación, la poesía, cuanto no sea material y tangible y se traduzca al punto en rendimiento y en oro. Tendrá de la vida un concepto mecánico y exterior; el mundo, para él, será una máquina monstruosa de actividad y explotación, puesta al servicio de los hombres enérgicos y audaces, por ley natural sus amos y sus déspotas. Y en los ratos de ocio, leerá esos burdos manuales donde se enseña por un dólar a ser feliz, a ser rico, poderoso, invencible, todo en un santiamén, todo al galope, según las nuevas Premáticas del Tiempo.

Si el *hombre de acción* es político, declamará contra las vagas ideologías de nuestros mayores, en pró de las realidades corrientes y molientes; abogará por un feliz oportunismo que le consienta, sin riesgo, decir hoy lo contrario de lo que dijo ayer, y mudar la casa según los lucros y las modas. Si la ironía y el azar ponen —y hay precedentes— en sus manos la educación de la juventud, al punto barrerá de las aulas todo vestigio de religión y moral; proscibirá el latín, las letras humanas y divinas, como cosas inútiles o dañosas al progreso y al bien de la república. Si va al

Parlamento, será la voz y el brazo de los *trusts*, de las fuertes empresas, de los injustos monopolios, el eje de todas las intrigas, de las conjuras y de los golpes de Estado. Ora burgués, logrero y cursi, ya jacobino inculto y codicioso, en todo caso hombre sin Dios, sin patria y sin ideas, quedará en los anales de este siglo como una de sus más tristes caricaturas...

Si el *luchador* es literato, cultivará un *realismo* soez, huero de esencias ideales; desterrará de sus obras el sentido profundo, casto y religioso de los antiguos númenes; afectará el desprecio de las ideas y las formas, del estudio paciente, del arte puro y humilde que se inclina y sufre para vencer la dureza del mármol; rechazará la armonía, la tradición, la autoridad y la ley, como cosas superfluas *que no sirven para nada*. En vez de lo eterno y lo sublime, se esforzará

en reproducir lo más fugitivo y superficial, las sensaciones confusas del breve momento pasajero. Dirá que es fuerte lo tosco, nuevo lo amanerado y prematuro, exquisito lo cursi, original lo extravagante. En sus frías lucubraciones, el arte será industria; la gracia, melindre; hinchazón el garbo; lo atrevido, insolente; lo elegante, barroco; lo viril, grosero; la sensibilidad, sensiblería; ternura la afectación; la sobriedad, indigencia...

¿Quién reconocería hogaño en este escritor, en ese político, en aquel hombre de negocios, al tímido manco de alma juvenil y candorosa, de ardiente vocación idealista, de noble estirpe intelectual, que antaño acudía a las aulas y a los libros con el ávido alán de conocer, de erigir su pensamiento y su conducta sobre la roca viva del inmortal seguro?

RICARDO LEON





*Maravilloso navío
de velas blancas, anclado
a la ribera del río;
maravilloso navío
que ayer de un sueño has llegado:
Dos alas blancas despliega
como dos ansias de gloria,
—las alas de la Victoria,
(la virgen que no se entrega)—
dos alas blancas de gloria,
como el amor que no llega.*

*Un cantar dice la brisa
al pasar entre las velas,
como las blancas estelas
que el Sol en el mar irisa
cuando sobre el agua vuelas
al impulso de la brisa
con las alas de tus velas.*

*Celeste el cielo, sonoro
de alciones, te decora;
y en el Oriente la aurora
nimba tu mástil de oro.
Yo cantaré mi cantar
sobre el multiforme llano
sin fin ni fondo del mar,
y el eco ignoto y lejano,
repetirá mi cantar.*

*Extraño Grifo, Quimera
que se baña en luz del día:
Dos alas mi fantasía
eleva sobre la esfera
sideral que es armonía.
Ellas te impulsan, navío*

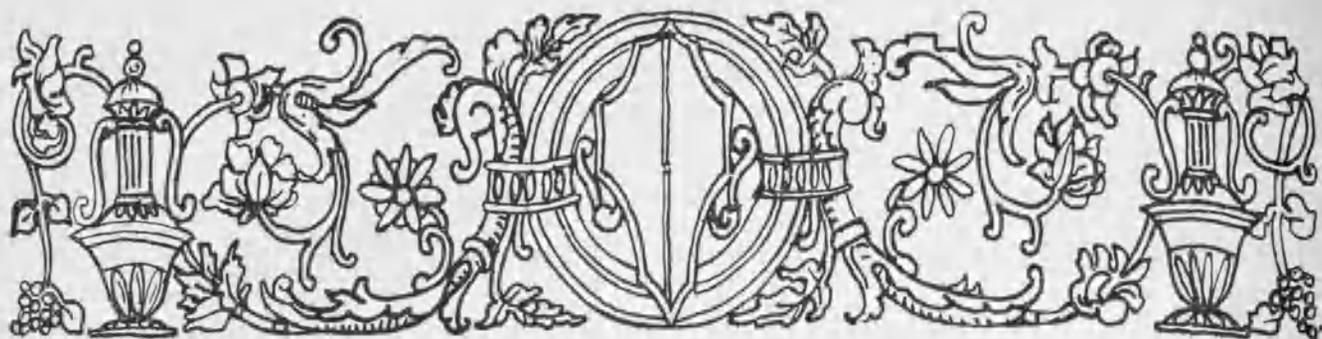
*maravilloso, llegado
de un ayer siempre sombrío,
de un más allá, siempre obscuro,
a un ultra siempre ignorado;
¡maravilloso navío
del presente y del futuro,
y el eterno sueño mío!*

*La aurora brilla en la altura
del cielo azul. Canta el viento;
y el mar canta, y la llanura.
Y el cantar, sonoro y lento,
repite la arboladura
bajo el magno firmamento.*

*La hostilidad de las olas
reducirá mi canción.
(¡Oh canción del corazón
cual rumor de caracolas
tañidas por los tritones!)
Ve, navío, entre las olas
a los mares ignorados
de fantásticas regiones,
bajo cielos tachonados
de nuevas constelaciones.*

*Muéstrame el alba suprema,
allí en las islas doradas
que el mar de mi anhelo extrema;
¡bellas islas apartadas!..
Muéstrame el alba suprema
tras la duda triste y muda.
Dame del fondo del mar
a la sirena desnuda
que oigo en mi pecho cantar.*

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.



PEDAGOGÍA

LA ENSEÑANZA SUPERIOR Y LAS CLASES POPULARES



URANTE EL SIGLO XIX, la enseñanza primaria ha sido la aspiración sentida en la esfera docente por las clases populares y con justicia procuraron satisfacerla la Sociedad y los Gobiernos, mediante la difusión de las escuelas y el establecimiento de la enseñanza gratuita, integral y obligatoria: el analfabetismo parecía ser el único enemigo con quien habían de luchar los favorecedores de la cultura del pueblo.

Pero en los países más ricos y cultos las aspiraciones populares no se quedaron solamente satisfechas con la enseñanza primaria; Langlois (1) afirma que en los Estados Unidos, no sólo las clases medias, que intentaron dirigir al pueblo, sino éste, pensó desde mitad del pasado siglo que cada cual tiene el derecho a recibir la mejor instrucción posible y la Sociedad el deber de proporcionársela: además, a medida que los tiempos avanzan, el pueblo interviene directamente cada vez con más frecuencia, en la gestión de los negocios públicos, lo cual exige por su parte una mejor preparación cultural.

No es, sin embargo, este aspecto del problema de las relaciones entre la enseñanza superior y las clases populares el único que preocupa a los políticos y pedagogos: tiene acaso más importancia otro, el de facilitar el acceso a los estudios superiores y profesio-

nales, a aquellas capacidades nacidas en las clases proletarias, de donde, con el presente régimen de la enseñanza, difícilmente pueden ser extraídas y elevadas.

La organización actual de nuestras Universidades y Escuelas profesionales, si no lo imposibilita, lo dificulta grandemente; las carreras universitarias conservan la jerarquía pedagógica medioeval (bachillerato, licenciatura y doctorado) y la obtención sucesiva de esos grados, obliga a consumir en adquirirlos, estudiando a veces materias innecesarias, grandes lapsos de tiempo; en ellas la duración de los estudios es excesiva, porque se cursan materias de utilidad dudosa que en gran parte no se aplican luego al ejercer las respectivas profesiones; puede calcularse en doce años los que hacen falta emplear desde que se sale de la escuela hasta que se termina una carrera, en el caso más favorable, esto es, si no hay tropiezo y pérdida de curso.

Aparte de la duración excesiva, las horas de clase, los métodos de trabajo, el traje, la condición social de los compañeros, el emplazamiento de los locales, la duración excesiva del curso, etc., tienden a impedir que puedan seguirlos aquellas personas, que a la vez, trabajan para ganarse su subsistencia; el estudiante es entre nosotros, mientras estudia, un parásito que consume y no produce; no existen si no por muy rara excepción, quienes trabajando para subsistir, a la vez sigan los cursos; en los Estados Unidos suelen verse estudiantes universitarios que a la vez son cocheros, mecánicos o criados; Langlois afirma en la obra citada, que para encontrar algo semejante en la organización europea, es preciso volver la mirada y recordar aquellas Universidades de la Edad Media, organizadas sobre la base de una democracia clerical, en donde

(1) «Enseignement et Démocratie», Paris 1905.—Conferencias faites à l'École des Hautes Etudes sociales (1904-5), pág. 293 y siguientes.

abundaba el tipo del estudiante sopista, salido de los más humildes extractos sociales.

Con el sistema actual de que las profesiones las ejerzan con carácter monopolizador y excluyente los titulados (médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, etc.) y que éstos adquieran su título tras muchos años de estudios, en gran parte innecesarios, no nos damos cuenta de que abrimos un abismo casi infranqueable entre el titulado y su inmediato colaborador, que es quien lógicamente debería pasar por natural avance a sustituirle en su puesto; así el practicante junto al médico, el sargento junto al oficial, el ayudante o pe-rigo junto al ingeniero, el aparejador o maestro de obras junto al arquitecto, el procurador junto al abogado, deberían ser, tras los convenientes estudios realizados a la vez que practicaban sus funciones, los que sucedieran a los profesionales y a que esto pudiera ser debería encaminarse, en beneficio de las capacidades de clase humilde, la organización de la enseñanza superior.

Podría contribuir grandemente a conseguirlo el que la enseñanza profesional pudiera ser adquirida, no en grandes centros y bajo profesores junto a los cuales se congregaron grandes masas escolares y donde, a veces, enseñan las profesiones quienes no las ejercen, sino junto a numerosos maestros privados, que las enseñaran ejerciéndolas y donde en pequeños grupos, ayudando al maestro en labores útiles, aprendieran, ejercitándola, la técnica profesional y no «de visu» en los grandes centros, en donde por el gran número de alumnos, el ejercicio directo y personal, es muy difícil; el tipo del discípulo retribuido, en vez del estudiante parásito, surgiría y así podrían con relativa facilidad ocupar estos puestos, las capacidades de origen popular, las cuales, con la actual organización, difícilmente pueden alcanzar el codiciado título.

Mientras esta honda metamorfosis no ocurra, serán inútiles los generosos esfuerzos de quienes lanzan ideas en pró del acceso de las capacidades de las clases proletarias a los estudios superiores; en 1910, el Centro Mercantil de Madrid pedía a los Poderes Públicos que concedieran la matrícula gratuita a quienes careciesen de recursos para sufragarlas, imponiéndoles luego un tributo para satisfacerlas, sobre sus utilidades, cuando estuvieran colocados; el exministro de Instrucción Pública, Sr. Salvatella, tiene presentado al Congreso un proyecto de ley, en el que se establece a exención del pago de matrículas y el ofrecimiento

de que el Estado conceda libros de texto a los alumnos pobres, y recientemente la Asociación de Trabajadores del Estado de San Pablo (Estados Unidos) ha pedido la utilización de los locales escolares universitarios para la enseñanza de los obreros, mayores facilidades para que éstos puedan aprender en las Escuelas de técnica industrial y que el libro de texto sea gratuito a fin de que se facilite así la instrucción; estos plausibles deseos, sin que varíe fundamentalmente la organización de la enseñanza, no resolverían el problema.

Nuestras Universidades y Escuelas Superiores, no tratan de acercarse al pueblo más que practicando la extensión universitaria; ésta resulta, en muchos casos, poco adecuada para los gustos y preparación mental de las clases populares: además, su ejercicio elementaliza las tareas de los universitarios y les aparta de su verdadera ocupación, el estudio de los altos problemas científicos, la investigación, la ciencia pura; es preciso que en vez de bajar al pueblo, se organicen de modo que en ellas pueda entrar éste, representado por sus capacidades dispuestas para tal acceso; mientras esto no ocurra, pese a las iniciativas más generosas y plausibles, la realidad patentizará lo inútil del esfuerzo; es caso frecuente, que las pensiones de que las Facultades universitarias disponen para que, previa oposición, se otorguen a los alumnos pobres, resulten desiertas; esta modesta ayuda no suprime la necesidad de vivir, sin ganar para vivir, durante doce años.

La única enseñanza que está organizada para facilitar el acceso a ella de las clases humildes, es la eclesiástica, que siempre vivió animada por espíritu verdaderamente democrático y ha sido el ordinario refugio de los intelectuales de las clases menesterosas: por eso, si en una de esas brillantes ceremonias académicas en que ocupan el estrado lucido grupo de hombres-cumbres, vestidos con brillantes uniformes, en donde centellean las condecoraciones, fuera posible examinar de pronto sus respectivos orígenes, veríase que casi todos los políticos, profesores, literatos, periodistas, científicos y profesionales proceden de la clase media; sólo los eclesiásticos, obispos, abades o prebendados vienen directamente del pueblo; dada nuestra organización actual, para un hijo del pueblo es más fácil ser canónigo y obispo, que ingeniero, médico o general.

E. IBARRA Y RODRIGUEZ





TÉCNICO POR PROFESION Y de linaje latino, impera en el carácter del cronista la condición soñadora a que conducen siempre los desbordamientos de la fantasía cuando de observaciones reales, de impresiones vividas, pretende la imaginación deducir innovaciones.

Este blasón de soñador explica el que en mis divagaciones me haya desvanecido en más de una ocasión, proyectando la redacción de una obra de «cultura del hogar», que mi delirio concibió de suma presteza en realizar.

Y es que, a través de las exageraciones de la mentalidad meridional, quitando intensidad en los matices de apreciación, nadie dejará de reconocer la importancia que tiene en la esfera social la mejora del hogar, del templo doméstico en el que es la mujer cetro y motor, alma y sostén.

No es tal juicio concepción quimérica del firmante. Naciones que figuran a la cabeza del progreso moral y material, así lo han reconocido y han creado Escuelas del hogar como las existentes en Bélgica; otras han dado gran impulso a la enseñanza agrícola de la mujer, cual sucede en los Estados Unidos. Inglaterra y Francia han encontrado en la aplicación del trabajo femenino, fuente de prosperidad para la Jardinería y la Horticultura. Tales instituciones, resultados como los dichos, merecen divulgarse sembrando ideas que pueden arraigar, cristalizando en obras de progreso nuestra economía.

Realzar la gran misión social que incumbe a la mujer como eje alrededor del cual gira la prosperidad de las familias y por ende el conjunto de partículas que se reúnen formando la Sociedad, es, por consiguiente, más positivo tributo para rendirla un homenaje fervido de admiración y respeto. Es considerar en estricta justicia el valor del bello sexo, no reducido a satisfacción exclusiva de la animalidad humana ni a límites tan míseros cual los que representa la dinámica casera que la truecan en ejecutora de reducido número de labores, las de menos iniciativas, las de peor condición...

Ha llegado el momento de proclamar, no con palabras sino demostrando con actos, que la más alta consideración a la mujer, la loa más gloriosa que en su honor se escriba, la endecha en que se cante con mejor elogio al sexo femenino, no es el ponderar de continuo, con tal profusión y prolijamente cual es costumbre, la descripción de la belleza física de la hembra, ni halagar la frivolidad efímera y tornadiza de la moda, ni alimentar orgullos y vanidades con las crónicas de bailes, fiestas y diversiones con frecuencia traducidas en chismografías de adjetivos pomposos y adulación competitiva.

Con ser estos asuntos imprescindibles al fin y a la postre en la pequeñez de lo que hemos dado en denominar «gran mundo», es de primordial interés otro problema de cultura intelectual, de vida de relación de las personas.

Apartar del movimiento intelectual a la mujer, no sólo representa un atropello al derecho natural, sino que es atentar contra el bienestar de la Sociedad en el cual la mujer encarna la alta misión de madre, de compañera, de ama y señora o gerente del hogar.

Bueno es, por consiguiente, que cuando desaparece un periodo histórico porque sucumben las ideas que le han regido, cuando lo que parecía más lógico en el sentir externo de la humanidad se aprecia de distinto modo al resurgir pujante de nuevas concepciones, porque en la Biología Social es indispensable, como en la de los seres, que mueran ideas para que renazcan otras, será conveniente digo, que se alcen sobre basamento sólido las aspiraciones del sexo femenino, porque si se han de oponer diques a pasiones exaltadas, si se han de establecer ecuaciones de clases, esta obra magna no puede realizarse en otro crisol que en el hogar, donde Amor y Caridad, normas de Religión, tienen su Altar y donde el bienestar material proporciona descanso al trabajo cotidiano.

He aludido de pasada a algunos de los temas que han de constituir primordial objeto de la información a mi cargo.

La descripción y funcionamiento de varias instituciones antes citadas y otras cuales son los Círculos de labradoras y de todas las que procuren revestir de agrado y comodidad al hogar, y principalmente las que atiendan al disfrute de los aprovechamientos que la Naturaleza nos brinda, han de merecer mi atención preferente.

Solicitamente recogerá esta sección todo cuanto represente el dar a conocer instituciones sociales, económicas y de beneficencia relacionadas con las materias antes expuestas, biografías a nuestras mejores floricultoras que con S. M. la Reina a la cabeza hacen un culto del cultivo de las flores.

La ornamentación vegetal de salones y balcones, el cultivo de flores y el arte de cuidar los jardines, juntamente con el fomento de industrias domésticas cuales son entre otras la avicultura, cría del gusano de seda, las derivadas de la leche..., serán objeto preferente de estas crónicas, en las que domina el propósito de huir de tecnicismos para que la Arquitectura de jardines, Floricultura y tales industrias, sino en forma amena por culpa de la pobreza de mi estro, por lo menos sean asequibles a la bondad de quien lea estas páginas y puedan despertar iniciativas.

Por algo expuse al empezar este artículo mi condición soñadora, que me lleva lejos en mi pensar, sobre la transcendencia de lo que quiero sea mi programa en estas páginas.

Pero demostrado, por el éxito alcanzado por VOLUNTAD, que en esta empresa romántica de tan encumbrado ideario, son muchas las personas adeptas a la renovación y mejora que constituye su bandera, dudo si seré quimérico en mis planes o serán pusilánimes (?) los que encuentran más cómodo no tener fe en el resurgimiento patrio, siendo escépticos a priori de toda obra, que los que acometen empresas sin aguardar su resultado.

Y esta duda me decide a poner mi voluntad a disposición de la que sirve de título a esta Revista y aun en tal palabra, la de todos los legionarios que en ella formamos.

¿Soñador o realista, fantasmagórico o técnico? Vosotros, lectoras y lectores, a quienes hoy saludo, juzgaréis.

José MARIA DE SOROA

¿ QUE QUIERE DECIR CRISTIANA ?

Mujer española, ¿eres tú cristiana? Tus actos, tus pensamientos, tus afectos, tus ideales, ¿son de cristiana?

Cristiana es: mujer encantadora, porque es humilde y alegre; mujer enérgica, porque se sostiene con brío; mujer varonil, tanto o más que los hombres, porque es valiente; mujer discreta, porque todo lo prevé y se adapta a todo. En la miseria, en la pobreza, en la medianía, en el bienestar, en la riqueza —la mujer, la cristiana—, es la paciencia, la esperanza, la economía, la paz, la alegría, el freno y la templanza.... ¡la caridad!

¿Es ésta, hoy día, la mujer llamada cristiana? ¿Es ésta, hoy día, la mujer española? ¿Es ella quien alegra la vejez de los padres porque la honra? ¿Es ella la que educa a sus hijos porque tiene en ellos puesto su ideal? ¿Es ella la que alienta, sostiene, consuela, acompaña y ama a su marido? ¿Sabe, hoy día, la mujer, amar a su marido? ¿Sabe unir los sinsabores, las preocupaciones, las sanas aspiraciones? ¿Sabe, en fin, el modo de que los dos entendimientos, las dos voluntades se rocen, se junten hasta unificarse?

La mujer, ¿utiliza los dones recibidos para conseguir esto? ¿Piensa, razona, discurre, lee, estudia, pregunta? ¿Trabaja?.....

¡Ah, bendito trabajo! La mujer que trabaja conseguirá todo, si trabaja en ser cristiana, y piensa, discurre, e inquiere cómo ha de serlo.

La mujer cristiana es elegante, sin dejar de ser modesta, es atractiva sin ser provocativa, es culta sin ser pedante, es inteligente y amena, porque es alegre y virtuosa; por eso siempre es amable y nunca es nerviosa en sus manifestaciones; su carácter no se aviene con la neurastenia, porque aun con cuerpo débil se soporta a sí misma; nunca hace de ello víctima a la familia; si enferma, es sufrida, de modo que, si apenas, no entristece. Si la fortuna escasea hace prodigios de economía, y en medio de caracteres que chocan, es la luz de la Paz y de la Concordia.

Decídmelo, jóvenes solteras y jóvenes casadas: vosotras que halagáis vuestra vanidad, vuestras pasiones, las que con esos halagos y atenciones que prodigáis a vuestro cuerpo, provocáis el odio de los que sufren, la envidia de los que no tienen, la burla y el menosprecio de otros, la compasión de los buenos, la indignación de todos: decídmelo: ¿queréis ser de aquéllas que en Corinto provocaron la ira del Cielo?..... Pues continuad bailando, continuad brillando, continuad pecando..... y no tendréis mucho que esperar. Ya llega a nuestra España el rumor de la Humanidad que se rebela..... Aquí, en nuestra patria, se padece profundamente..... brotan chispazos de anarquía. Vuestras galas pecadoras, que llevaron quizá el hambre y la discordia a vuestra casa, a ella traerán también la desolación y la ruina, el espanto y el dolor, cual nunca imagináis. Vuestros cuerpos sufrirán, pero vuestra alma enloquecerá de dolor, y vuestros lamentos serán un grito de justicia contra vosotras mismas, ¡incitadoras, provocadoras, impulsadoras de tanta desgracia!

Pero—mujeres españolas—, ¿queréis ser cristianas? Quered..... No tenéis más que querer y serlo. Atended al impulso que sentís —y querréis— y lo seréis. Haced de buen grado lo que habréis de querer a la fuerza, cuando ya no podáis realizar vuestro deseo, porque la muerte acechará ese rasgo de voluntad que surgirá en el dolor.

Sed cristianas y sed felices, felices de la felicidad que brota del propio sacrificio, de la propia abnegación; felices, de la felicidad que nace, de la felicidad que se da más que de la felicidad que se recibe. Desterrad el egoísmo de vuestro corazón. Pensad más en los otros y menos en vosotras mismas. Luchad y venced. «Una victoria alcanzada sobre vosotras mismas es un bien que echa el cimiento de vuestra felicidad temporal y eterna.» Y fijaos bien; ese cimiento no solo será el de vuestra propia felicidad, será el de la felicidad y prosperidad de España entera, la cual, como mujer, a vosotras clama. Ella, que es la Madre, la Madre Patria, pide apoyo a sus mujeres, ya que sus hombres no supieron dárselo, porque preocupados de las victorias sobre los de su propio oficio, que ni a más aspiraban, dejaron en la más plena anarquía, allí donde está la más fuerte lucha y la más segura victoria, la victoria de sí mismos, sin comprender, ¡insensatos!, que aquel que vence en esa lucha, sea hombre o mujer, es dueño y señor del mundo.



DÍPTICO

(DE UN PUEBLO DE MAR)

UN VIEJECITO

B

USCA SIEMPRE, AL EXTREMO de la calleja, un saliente de pizarra que le sirve de banco. Desde allí, descubre una pequeña playa. El viejecito, con trayendo un poco los músculos del rostro, sostiene, con el bastón hincado en el suelo, el balance del cuerpo hacia adelante

y se va sentando, poco a poco, sin gula, con apagados gemidos, porque el dolor le oprime la espalda y los años pesan por encima del dolor.

Pero, terminada la operación difícil de sentarse, cuando el viejo se considera seguro en el familiar asiento de pizarra, cambia de aspecto por completo y es otro hombre. Sobre su zamarra de una lanilla oscura, asoma vigoroso todavía su busto sin arrugas y sonrosado, como el de un muchacho. La barba, muy blanca y muy bien recortada, pone una listita de color de espumas en las mejillas y alrededor de la boca. Y como el viejo tiene los hombros redondos y la cabeza se le separa poco del cuerpo, porque el cuello es corto y ancho, recuerda vagamente el busto agradable y sereno de algún poeta romano, entre Horacio

y Ovidio, con los labios llenos de miel del Lacio y las facciones y la cabeza fuertes, de la antigua sobriedad etrusca.

Esta semejanza física trasciende, creo yo, de una dulce semejanza espiritual; de una afinidad íntima y secreta que no es difícil adivinar cuando el viejo empieza a hablarlos. Ha viajado mucho, buen marino, buen vividor, en sus remotas mocedades. Ha visto Alemania —y hacía, desde ella, contrabando de rapé. Ha visto América— y ha tenido ingenios en Cuba. Ha visitado todas las costas de España, el mediodía de Francia, y se ha alargado, en ciertos viajes, hasta Grecia. Pero ninguno de estos viajes parece tan luminoso y vivo, en su recuerdo, como sus repetidas excursiones a Italia.

Cuando el viejo habla de Italia, su voz se torna de inflexión más dulce y en el fondo de sus ojos—redondos y negros—hay una luz más viva. Su propio hablar tiene una blanca claridad de exámetro. Mezcla, en su conversación, palabras italianas que, con lo bravo del acento catalán, parecen latinas.

Entonces el bastón del viejo es como varita mágica que, acompañando y auxiliando la palabra, dibuja en el aire pórticos y monumentos de mármol; evoca grandezas latinas; abre el semicírculo de anfiteatros fabulosos; le hace al viejo y a los que le acompañan, un ambiente familiar y dorado de limpios edificios con estatuas y columnas...

Ni deja el viejecito de advertiros que tiene parientes en Italia y heredad de casas en aquellas tierras: *cives romanus sum...*

—¡Buen puñado son tres moscas!... Ni os rentan esas casas, ni habéis de verlas nunca...—dice algún mozo burlón.

Y el viejo, mirándole con aire de desafío, muy encendidos los ojillos negros, replica:

—Quien sabe... quien sabe... todavía no he cerrado los ojos...

El viejecito tiene, anclado constantemente en la playa que allí forman las aguas, un botecito negro, con una vela pobre.

Cuando el mar está muy tranquilo, en los quietos finales de tarde, con todas las aguas espejadas, baja el viejo hasta la playa: y mira el botecito y mira el mar, del lado de Italia.

Su mujer, una Cornelia enjuta, pasa, casualmente para decirle:

—Se levanta viento; tendrás dolor esta noche...

Y el viejecito vuelve a remontar la playa, con pasos muy lentos, como si le arrancaran a la fuerza de aquel sitio.

Por su imaginación cruza entonces un resplandor tibio de Odiseo. Un botecito negro, en alta mar, con la vela muy tirante de aire y, a lo lejos, en la línea del horizonte, su Itaca sonrosada: la divina Italia.

Pero instintivamente le retiene un miedo que no se explica; el miedo a aquella Isla sin fuentes donde tal vez le saldría al encuentro la Calipso negra de los viejecitos...

En el fondo de la calleja, blanquea su casa; y el viejo con el revés de la mano, se enjuga los ojos...

El dolor le da punzadas en la espalda.

limitación de hombre; y bendigo, en la complexión entera y dura de la viejecita, la noble valentía de la carne y la resistencia incansable de los nervios y el ritmo inalterable del corazón y la no extinguida llama de los ojos y todo el milagro, al parecer tan fácil, de la vida consoladora...

La viejecita va todas las tardes a la fuente. Y la fuente está al final de un camino largo, bordeado de cañaverales ufanos y sonoros. La viejecita, con el gran cántaro verde a la cabeza, sin que una sola vacilación altere el ritmo seguro de su andar, ni con el peso se contraiga un solo músculo en su frente, toda vestida de negro y cubriendo con los párpados tostados la magnífica negrura de sus ojos, parece una figura egipcia venida, por ocultos misterios de complicadas gestaciones, a la calma y retiro de estas playas.

Verla moverse y agitarse en la penumbra un poco oriental de su casita, es casi gozar del misterioso subsistir y removerse de una momia, en la concentración vital de su sepulcro.

Porque su casa es algo de ella que, por afinidad oculta, la refleja y acaba de explicarla. Los que ahora viven en el pueblo todos os afirman que aquella casa no ha cambiado desde que la conocen. Es una casita blanca y cuadrada, en la punta de una calle. La puerta da ingreso a una salita embaldosada de pizarra oscura. Allí hay aparejos de pesca que nadie utiliza; pero que están siempre limpios como si acabaran de secarse al sol. Cañas, redes, cestos y aparatos complicados, de sonoros nombres sin etimología. A un lado de esta especie de patio una escalerita que comunica con el primer piso. Y todo ese piso es una sala blanca y limpia, en uno de cuyos rincones está la cocina de campana, con cacharrería fina de porcelana amarilla, y enfrente, protegida de cortinillas muy limpias y planchadas, la alcoba con enorme cama de barco, de madera brillante, con adornos vistosos, flores y guirnalda raras. En una de las paredes de la alcoba hay un agujero con un catre. Y allí duerme la viejecita.

Toda la casa se barre todos los días; se dispone y ordena todos los días como si alguien tuviera que habitarla; mejor dicho: como si alguien realmente la habitara. La viejecita lava con agua hervida los cacharros de la cocina, y hace siempre, con las mismas sábanas finas, que se lavan cada semana, el mullido promontorio de la cama.

Y lo interesante y misterioso del vivir de la viejecita está en el cariño, el orden y el esmero que despliega, con infatigable actividad diaria, en el arreglo y compostura de la casa...

¿Para quien la dispone?...

Con sus ojos, magníficamente esplendorosos, la viejecita sondea el tiempo; y en la concavidad de lo eterno, debe descubrir un punto blanco, algo como la vela de una barca misteriosa donde le llega, de países imaginarios, un fantástico huesped.

La viejecita, toda remozada y vigorosa, abre al huesped, esperado siempre, las puertas de su casa. Y desde los aparejos de pesca, limpios y dispuestos, hasta las muelles blanduras de la cama rica y majestuosa, le muestra sus tesoros, como aquella otra vividora—la Reina de Saba, tal vez antepasada suya—debió mostrarle sus joyas al magnífico Tetrarca.

El huesped sonríe; y la viejecita está contenta...

Ella espera, espera...

Todo esto ocurrirá mañana, dentro de meses, tal vez de años... o de siglos: la viejecita no piensa en la muerte.

E. MARQUINA.

UNA VIEJECITA



ESTE SIEMPRE DE NEGRO.

Y, aunque es ya viejecita y arrugada, tiene muy negros los cabellos y negros —de un negro brillante de carbunco— los ojos movibles y grandes; dos ojos, de una limpidez casi infantil entre las arrugas y desastres de su vejez, potente y vigorosa todavía. Tiene la piel de un

color moreno profundo, como calcinada por un fuego interior. Dijérais que la viejecita, donde aun subsiste tanto vivo, ha traído a la tierra otra misión que la de pasar los años y disiparse en ellos, como los demás. Hay, en su cuerpo, ocultas energías misteriosas que están pidiendo siglos en cuya infinitud latir y conservarse.

Y cuando veo a la viejecita trepar, sin cansancio, por los callejones en cuesta de este pueblo; o andar, de grupo en grupo, ajetreando y diciendo su palabra a cada cual; o alisar sus cabellos y vestir galas severas; cuando la torre de la iglesia anuncia fiesta mayor con despilfarro de campanería, todavía siento una especie de íntimo consuelo; me reconozco confortado en mí



Dignidad

Contaba aquel gran Pereda,
por quien mi tierra es ilustre
y cuya fama en el mundo
durará lo que éste dure,

que siendo él de cortos años,
era en su casa costumbre
socorrer a cuantos pobres
llamaban en ella el lunes,

encargándose a este objeto
el criado de más fuste
de habérselas con aquella
famélica muchedumbre.

Todo pobre que llegaba
recibía, viejo o púber,
una pieza de a dos cuartos
y un piadoso «Dios le ayude».

Mas sucedió una semana
que, espesándose la nube
de mendigos, como suelen
las del cielo por Octubre,

agotóse lo apartado
para tal fin, pues no sufre
el más amplio presupuesto
que tan fuerte se le estruje,

profesional

y llegando un abonado
de los de más fama y lustre
que en concursos de esta laya
forman, se agitan y bullen,

por no despedirle ayuno
e inducirle a que murmure,
diéronle un cuarto, diciéndole:
—Por hoy, hijo, disimule—.

Miró la moneda y, viendo
que no era la de costumbre,
y rechazándola al punto,
con una altivez de duque,

díjole al viejo criado
como quien la frase escupe:
—Dile a tu amo que si quiere
pobres de a cuarto, los busque—

Y embozándose en su capa,
por la que el sol se trasluce,
tomó lento la escalera
como a un caballero cumple.

* * *

A las puertas de aquel Padre,
por las que todo bien fluye,
¿quién del mendigo soberbio
la escena no reproduce?

ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO





EL MANTO DE ARMIÑO

NO SE DONDE FUE, SI ES que fué en alguna parte. De lo que estoy seguro es de que una noche, allá, en la gran ciudad, la de los mil palacios, la de las opulentas Avenidas, la de los innumerables puentes sobre caudaloso río, en tanto que nevaba y todo era blancura y muerte, pasó en su carroza la Gran Dama envuelta en su manto de armiño. Famoso era ese manto. Habíanle formado diestros cazadores de los peregrinos mustélidos, trabajando largos años. Escogieron ellos las pieles mejores, las que no tenían ni la

más pálida mancha, las que eran iguales entre sí en la finura y en la pelambre.

Con corteza de rosales fué curado el rico montón de cuero, y manos diestras convirtieron la espléndida cobertura de miles de animalejos en maravillosa sábana alba, sedosa, fina y ligera. Pesaba ella menos que un metro de Holanda, y abrigaba como una chimenea.

Aquella prodigiosa manta solo podía cubrir el cuerpo de una reina o el de una multimillonaria. Una cosa u otra era la mujer que en la carroza de los ocho caballos guiados por habilísimo automedonte marchaba al galope de la doble cuadriga entre la tempestad de copos que caía del cielo.

Ella se vió detenida por una muchedumbre famélica y helada. Los pobres de la ciudad se habían reunido cerca

del mercado para rogar a los comerciantes que repartieran algo de lo que sobraba en los almacenes repletos.

La alta señora del manto de armiño interrogó a los guardias montados que la defendían, y cuando supo la causa de la detención, lanzó un grito de enojo «¡que disuelvan esos grupos a latigazos!»... y los jinetes, arrojaron sobre la turba hambrienta sus corceles mientras sonaban los alaridos de los desventurados...

Y entre los pobres se levantó una alta, esbeltísima figura, a la que envolvía un manto de luz. Figura que parecía ser el ansia de cristiana justicia de los oprimidos, de los olvidados, de los que sufrían la constante persecución de la indiferencia y del desdén... Y de esa figura surgieron palabras que resonaron en el ambiente con tétrica majestad. Esas palabras fueron: «*Manto de Armiño, si el sentimiento de la caridad no pone en tu blancura inmaculada el fuego de los amores de Jesús, te convertirás en frío que mata, en odio que destruye, en vergüenza que aniquila, y en horror de los horrores*»...

La alta señora continuó su camino, pero aquellas palabras habían llegado al fondo de su alma. Miró por la una y por la otra ventanilla de la carroza, y le pareció presenciar un espectáculo espantoso; la turba famélica, astrosa, cubierta de guiñapos multicolores, blanqueó de improviso, como si cada uno de los infelices que la componían se hubiera convertido en estatua de nieve... Y creyó también la alta y cruel señora que la falange de los tristes flotaba en la atmósfera y se elevaba sobre la tierra. Y delante de ellos gigantesco y magnífico iba el Ser misterioso que lanzara la condenación para los que miran sin pena las angustias de los míseros.

Cuando llegó a su palacio la alta señora, ardían las chimeneas colosales, repletas de troncos de encinas. Las llamas surgían por todas partes dentro de los múltiples recintos crematorios. La temperatura de los salones hubieranla envidiado los ribereños del Senegal.

Pero la alta dama sintió un estremecimiento de frío. «—Que echen más leña en la chimenea», ordenó la señora. Acudieron los criados con brazadas enormes de troncos, y poco después las chimeneas eran hornos de fuego quemador. Pero la alta señora seguía sintiendo frío.

Y entonces ocurrió un milagro fantástico. El manto de armiño crujió: descosiéronse las puntadas que unían la piel de un mustélido con la piel del otro. Una medrosa agitación se produjo en los pedazos del manto. Cada *pielecita* recobró la vida antigua. Dentro de ella se juntaron carne, músculos, huesos, dientes y uñas, y sobre el cuerpo de la cruel dama palpitaron millares y millares de las blancas comadreja con cuyos despojos se hizo el adorno mayestático que había ostentado la mujer audaz de la carroza. Y esas fiercitas empezaron a morder, a arañar, a destruir el cuerpo hermoso de la dominadora... Y en poco espacio desapareció el dechado de las perfecciones físicas, a que habían dedicado sus rimas los grandes poetas de la tierra. Y cuenta la tradición que yo he sospechado que cuando los armiños redívidos, más fieros que los hurones, hubieron consumido el cadáver, se juntaron todos con sus húmedos

hocicos hambrientos, formando quintuples círculos sobre la osamenta del pecho. Allí, bajo las costillas, seguía latiendo el corazón de la hembra. Los armiños se acercaron para ver lo que era aquello, y según iban llegando, hufan despavoridos... El horror de la hediondez los disolvió.

Y cuando ha pocos días veía yo el descender la nieve sobre Madrid, pensaba que no ha de haber momento de reposo, ni hora de sueño tranquilo, ni alegría en el yantar de la familia en las casas ricas, si los que componen la dichosa comunión de los acaudalados, no entregan a la caridad cuanto les sobre, si la nieve cae y el cierzo azota a los transeuntes. Los obreros se encogen en los andamios y en los campos donde trabajan... Es el momento de la amargura para los que hallándose cómodamente sentados en la poltrona, delante de la chimenea, ya miran las ascuas que les confortan con su efluvio, ya dirigen la vista a los cristales para ver como bajan en turbión de amenaza los grumos de agua condensada. Y llega la noche, y el pudiente o el apenas pudiente, se meten en sus lechos, bajo las mantas o los edredones, y allí duermen seguros en la calidez amorosa... Pero ellos no duermen tranquilos si no han cumplido con el deber cristiano, si no han empleado todas sus energías en socorrer a los menesterosos...

... Porque Dios nos ha dicho que no habrá júbilo en la casa del rico, si no hay abundancia en la casa del pobre...

La nieve es propagandista de la bondad. Ella flota en los aires constituyendo un espectáculo deleitoso, cuando se presencia tras las vidrieras. Ella cubre tejados, árboles y calles; ella llena las campiñas y los montes de su blancura. Es como si la tierra, esta baja tierra, se adornara con los cendales de la inocencia. Y como no hay cosa alguna en lo material y en lo espiritual que no se enlace maravillosa, cristianamente, esa blancura lleva al alma de los inocentes el regocijo de la luz solar, reproducida a través de las nubes en los prismas microscópicos de cada una de las partículas del agua condensada, y al alma de los crueles, temores que anticipan el castigo del Infierno.

Por eso cuando el cielo se cubre de nubes, y el viento norteño se interrumpe, y las humedades atmosféricas se condensan en copos, yo experimento una profunda alegría porque sé que los indiferentes sentirán derretido su corazón en el amor de los menesterosos, y los frívolos se dignarán detener un punto la insustancialidad de sus espíritus sobre el viejo tembloroso, que apenas cubierto con un pedazo de bufanda, avanza apoyado en su báculo por la acera de enfrente... Tal vez entonces el frívolo llame a su criado, y le entregue unas monedas para que se las dé al viejo tembloroso que se aleja.

Y ese viejo, ruín y triste residuo de los más horrendos dramas, ambula bajo la nieve como si Dios le mandara cumplir un deber de sacrificio, y como si en ese sacrificio se contuviera una enseñanza... ¿Le socorren? El viejo puede vivir aún. ¿Le abandonan? El viejo muere bajo el frío nocturno. Y la nieve cumple su oficio... Oficio justiciero y moralizador.

J. ORTEGA MUNILLA





LAS MUJERES DE HOY



LA PAGINA SOCIAL QUE VOLUNTAD dedica a las señoras traigo hoy una ráfaga de aromas valencianos recogida, no de las flores de sus hermosos jardines sino de un campo de mies abundantísima, extenso como el mundo y falto desgraciadamente, más que de manos, de corazones generosos que lo cultiven. El campo social.

¿Parecerá acaso esta empresa demasiado grande para la mujer? Yo no lo creo. Si a ella se le confían el hogar y los hijos, que son las más preciadas joyas que hay en él, si el alma femenina sabe sentir hondo, amar tiernamente y sacrificarse sin medida porque palpita en ella la dignidad augusta de la madre, ¿por qué no darle a conocer esa otra familia social, esos hijos que están hambreado los tesoros de su corazón?

Cuando a principios de siglo la religiosa y caritativa Valencia se vió envuelta en disturbios y algaradas, se dió cuenta que sus obras de piedad y beneficencia no bastaban a satisfacer las necesidades de los tiempos; que había un campo social inmenso abandonado, y esta necesidad sentida es la que promovió la Asociación femenina llamada Protección de Intereses Católicos.

Un decenario de acción llevaba ya la Obra en la que figuraba lo más escogido de la nobleza valenciana, cuando muerta su primera presidenta la Excm. Condesa viuda de Pestagua, Marquesa de la Roca, vino a ocupar la Sede de Valencia el actual Cardenal Arzobispo de Toledo que con el Muy Ilustre Sr. Dr. D. Félix Bilbao, Canónigo de esta Metropolitana, a quien nombró Director de ella, dió a los Intereses Católicos más amplias y definidas orientaciones.

Esta organización de señoras tiene por objeto fomentar la cultura religiosa y social de la mujer, trabajar en obras de acción católica preocupándose especialmente del mejoramiento de las obreras y prestando ayuda a empresas de índole permanente, prensa, enseñanza, etc. o de carácter transitorio, como formular una protesta contra algún hecho injurioso a la Religión o perjudicial a las buenas costumbres, el establecimiento de una buena obra benéfica o educativa, evitar un escándalo o dar protección a una obra útil que atravesase una crisis pasajera.

Se han comparado los Intereses Católicos a un árbol compuesto de raíces, tronco y ramas. Son como las raíces que absorben las sustancias de la tierra para convertirlas en savia las Comisiones parroquiales que recogen en las diferentes parroquias suscripciones y personal para la Asociación; en ellas desempeñan un papel muy importante las Delegadas de cuya incumbencia es llevar una nota clara de las señoras asociadas de su grupo respectivo y procurar hacer propaganda entre las que, viviendo en el territorio del grupo, no lo sean; hacer con regularidad el reparto de recibos de cuotas y de las hojas y avisos que se le confían, lo mismo que del Boletín mensual que la Obra publica.

Ramas que dan fruto, son las diferentes Secciones de la Obra: Buena Prensa, Escuelas, Lectura en talleres, Patronatos de obreras, Propaganda de la obra y Recursos extraordinarios. Y tronco, que pone en relación las ramas con la raíz, es la Directiva, cuyo objeto es distribuir entre las secciones los elementos que proporcionan las Comisiones y alentar y moderar la acción de toda la Obra.

El Boletín *La Mujer Católica* y la Casa Social son, continuando el símil, los instrumentos de cultivo para labrar y abonar la tierra donde el árbol crece.

Los frutos que dan las Secciones son hermosos: las señoras de la Buena Prensa protegen a los periódicos católicos, les buscan suscripciones, los difunden por comercios, hospitales y cárceles y forman bibliotecas escogidas para centros de formación y cultura.

La Sección de Escuelas trabaja en favor de los maestros católicos y ayuda con su dinero al sostenimiento de las escuelas católicas necesitadas, que son semilleros de donde han de salir las generaciones fuertes del mañana.

Mas la atención preferente la dedicó Intereses Católicos desde el primer momento, al mejoramiento de la obrera en general y le dió forma concreta con la Sección de Lectura en Talleres que se organizó en 1911.

Instruir a las obreras en los deberes del cristiano para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, es la misión de las señoras que visitan los talleres; después se les lee algún cuentecillo o historieta moral que siempre se les gusta y que se prestan a comentarios provechosos, e insensiblemente se establece una corriente de cariño, y las obreras esperan con ansia la visita que es para ellas como un rayo luminoso que alegra la monotonía del trabajo constante del obrador.

Al poco tiempo las señoras conocen a todas las muchachas del taller; al notar la falta de alguna se averigua la causa de su ausencia y si es por enfermedad se la va a visitar llevándola con la limosna las enseñanzas de la resignación y los consuelos de la verdadera caridad. De esta manera entre la distinguida señora o señorita y la humilde obrera se van estrechando esos lazos de unión que apagan odios de clases, y prácticamente se convencen las pobrecillas de que no todos los ricos son egoístas y enemigos de los pobres.

Hay aquí todo un campo de acción para el celo apostólico, y esa labor multiplicada por 300 señoras en más de 100 talleres, son 2.000 obreras que reciben esa luz y enseñanza semanal.

Los trabajos de esta Sección descubrieron que su labor aunque tan hermosa era insuficiente y no bastaba a remediar las necesidades de la obrera como obrera. Lectura en Talleres fué la fuente de donde brotó el Patronato de Obreras para estudiar estas cuestiones, proponerlas a la actividad de las señoras y proteger el Sindicato que nacía al mismo tiempo.

Así llegó Intereses Católicos a abarcar el hondo problema social y a dar providencialmente con la clave y solución del mismo.

Hoy cuenta esta Obra con unas 8.000 señoras. El árbol ha multiplicado sus ramas, fundando sucursales en los pueblos de la diócesis, y pasando más allá de la frontera, entra como miembro en la poderosa «Federación internacional de Ligas Católicas femeninas» fundada en Bruselas el año 1910.

La labor que por su parte realiza en el Patronato de Obreras y la Federación de Sindicatos Femeninos de Nuestra Señora de los Desamparados, es materia muy importante para resumirla con brevedad; una y otra merecen conocerse con detalles que otro día procuraremos dar para aliento de tantas señoras, que al margen de estos problemas se contentan con lamentaciones estériles, dejando lagunas que solo pueden llenarse con la cooperación de todas en el campo social y con el sacrificio de toda señora verdaderamente cristiana.

¿Urge hoy este sacrificio? Ya nadie puede ponerlo en duda.

"EL SOMBRERO DE TRES PICOS,"

OBRA INEDITA DE D. RUPERTO CHAPI

DÚO DE FRASQUITA Y LUCAS



Lucas. (Con enfado)

Vive

comico)

Mis que esto es mucho atrevimiento! Ne tie-nous. led ni piz-ca de mi. ra.

Frasquita

miento. Si te. cu. pa. ras menos en cier. tas co. sas las mos. cas nos. ta.

¿tan tan pega. jo. sas. ¿Que mi. ra. ban tus o. jos que asi bai. la ban?

Lucas

Un mozo y una moza que re- to- za- ban, e- se ni mas ni me- nos, e- ra mi

The first system consists of a vocal line in treble clef and a piano accompaniment in grand staff. The key signature has one sharp (F#). The vocal line begins with a melodic phrase, and the piano accompaniment provides harmonic support with chords and moving lines in both hands.

Trasquita.

Lucas

go- zo. Pues nos ta bien a un hombre ver el re- to- zo. Ven- ga es po- sa un a.

The second system continues the musical piece. The vocal line has a dynamic marking of *sf* (sforzando) at the beginning. The piano accompaniment includes dynamic markings of *sf* and *p* (piano). The tempo or mood is indicated as 'Trasquita'.

Ella

brazo ce- sen tus duelos. Que- do se- ñor ma- ri- do que tengo

The third system features a vocal line with a dynamic marking of *sf* and a piano accompaniment with a dynamic marking of *p*. The vocal line includes the text 'Ella' above it.

El

Ella

El

Ella

ce- los. ¡Que tie- nes ce- los! Que tengo ce- los ¡Que tienes ce- los! Que tengo ce-

The fourth system continues the musical piece with alternating vocal lines. The piano accompaniment includes a dynamic marking of *p* (piano) towards the end of the system.

And^{te} *εp*

los! ¡E. los tu, siendo un prodigio de hermosura y que. rien. do. te lues. po. so con lo.



cua! ¡E. los tu, siendo dichosa co. mo loe. res y con mas se. so que to. das las mu.



jes! ¡E. los tu, siendo de gracias un de. chado y ca. sa. da con un hombre jo. ro. bado! ¡E. los



tu de quiente adora tan ren. di. do, e. so ya no lo comprende tu ma. ri. do; E. los tu. , E. los



Alleg^{ro} Ella. El. El.

tu! ¡Ee. los tu! ¡Ee. los tu! Mi ma. ri do es un sa. co de pi. car. di. as. Así hay que

Ella El Ella

ser. Lue. ca. da. ra. en. a. mo. ran. do to. dos los di. as. A su mu. jer. No

El Ella

Se hay ma. se. do. ma. do ni za. la. me. ro. Con su mu. jer. Y ya es. ta re. tra. ta. do de cuer. po. en.

El Ella

le. ro. Por su mu. jer. Si una za. ga. la vie. ne so. la al. ma. li. no

Lucas. Frasquita. Lucas. Frasquita

No pa-sa rá. Se va a pen-sa-ti-vo de lo que vi-no. Ca-sua-li-dá. El sem-blante lo lle-van

Lucas. Frasquita. Lucas.

a - con-go-ja-do. Ca-sua-li-dá. Yal-gu-na vez el pe-lo de-sar-re-gla-do. Pa-ra casuali-dad

Frasq.^{ra} (Marco)

Pa-ra casuali-dad que yo nunca no-té a las que vengán ahora las peina-ré. No nie-gues

f **Vivo.**

(teando los dos)

Lucas. Frasquita. Lucas. Frasquita Lucas.

Lu-cas. Hé de ne-gar. Es-to es-lo cierto. De-ja-me ha-blar. Con-fie-sa Lu-cas me ha-ces trai-ción. Es-cu-chaes-

po-sa mi con fe-sion. A-cu-so-me Frasqui-ta que gus-to de mi-rar à



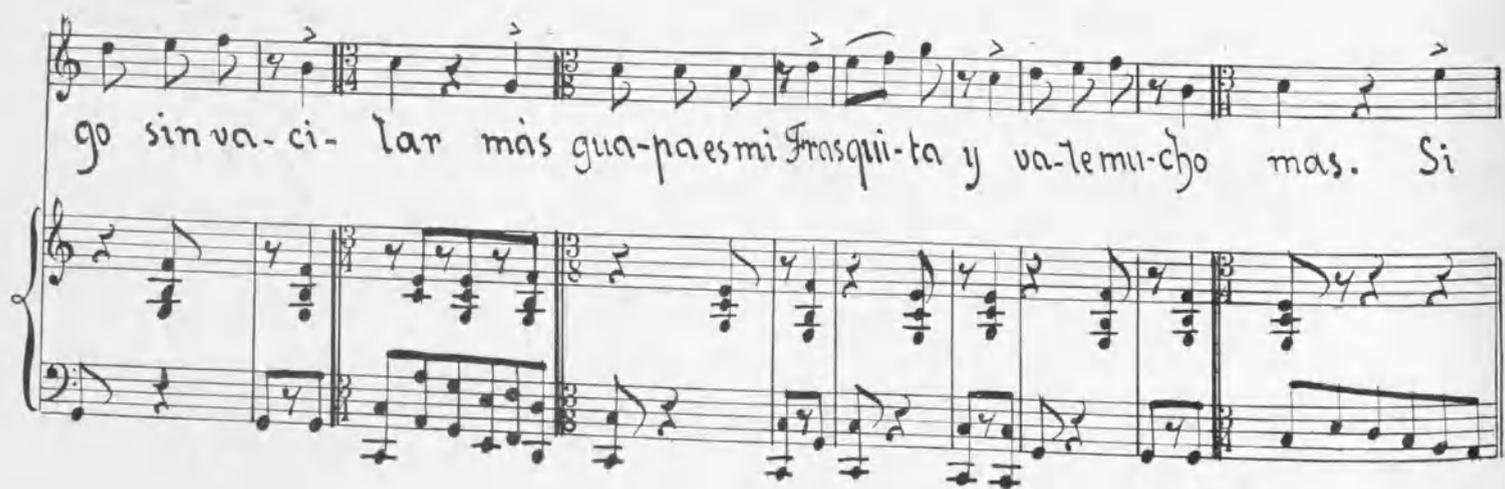
The first system of the musical score consists of a vocal line on a single staff and a piano accompaniment on two staves. The vocal line begins with a treble clef and a 3/8 time signature. The lyrics are written below the notes. The piano accompaniment features a bass line and a treble line with chords and rhythmic patterns.

las mu-cha-chas gua-pas del campo à la Ciu-dad y jii-ro-te que al ver-las di-



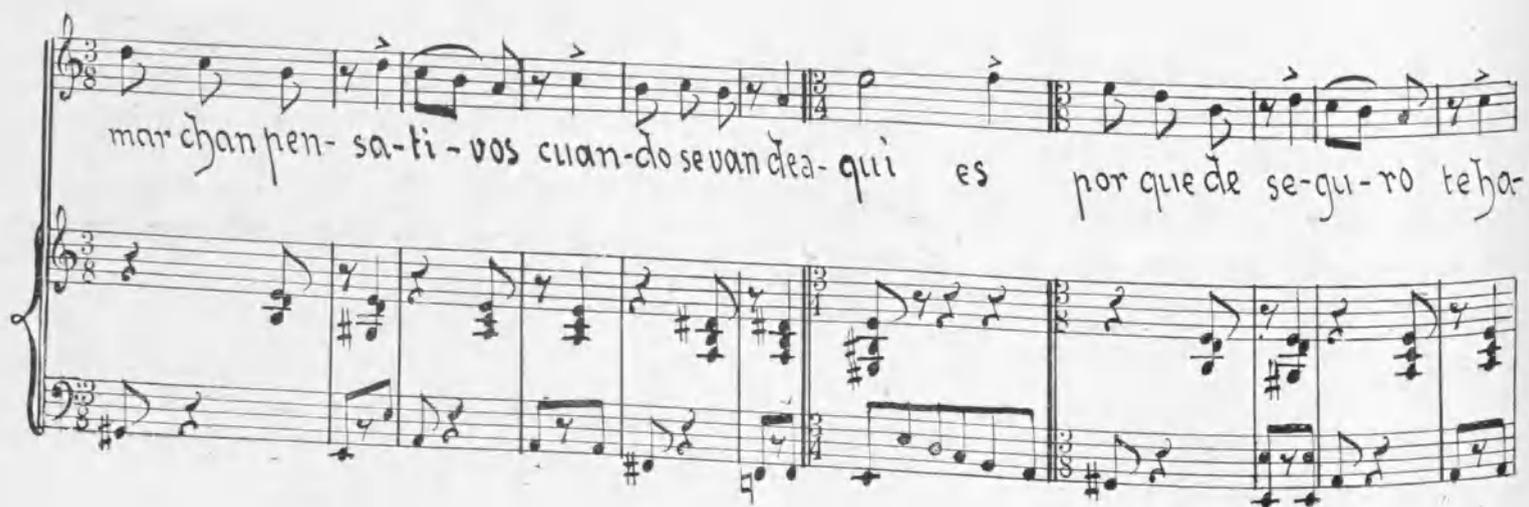
The second system continues the musical score with a vocal line and piano accompaniment. The vocal line maintains the 3/8 time signature and includes lyrics. The piano accompaniment continues with similar rhythmic and harmonic structures.

go sin va-ci-lar más gua-paes mi Frasqui-ta y va-temu-cho mas. Si



The third system of the musical score features a vocal line and piano accompaniment. The vocal line includes lyrics and continues the melodic line. The piano accompaniment provides harmonic support.

mar çhan pen-sa-ti-vos cuan-do se van de-a-qui es por que de se-gu-ro te ha-



The fourth and final system on this page shows the vocal line and piano accompaniment. The vocal line concludes with the lyrics. The piano accompaniment ends with a final chord and rhythmic flourish.

bránmira — doa. — si Yel mo.do ca — vi — lan — do de pa — re — cer me — — jor Se

Ritar *p*
Ni mari — does un sa — co de pi — car — — di.as yu saen
rascan en el mo.ño y ya se despei — ño Ni mujer guarda to — — das mis a — le — gri — as

Al: Animato

vez de ra — zo — nes za — la — me — rias No le hay más re do mado ni re — tre — che roya si le quiero tan.to co —
y para a — mar la espo — coci en vi das mi.as Ni co ra — zón no pue — de ser más sin ce — ro cuan dale digo to —

mo le quiero ¡Ay — mo li - ne - ro No tienes vuelta el jui cicocontu - sa - le - ro!

do lo que la quiero ¡Ay — mo li - ne - ra! No tienes vuelta el jui cicocontu sa - le ro ¡Ay

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is a vocal line with lyrics: "mo le quiero ¡Ay — mo li - ne - ro No tienes vuelta el jui cicocontu - sa - le - ro!". The middle staff is another vocal line with lyrics: "do lo que la quiero ¡Ay — mo li - ne - ra! No tienes vuelta el jui cicocontu sa - le ro ¡Ay". The bottom staff is a piano accompaniment with a treble and bass clef, featuring a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes, with dynamic markings *f* and *f*.

¡Ay — mo li - ne - ro! Aun no te di - go to - do lo que te quie - ro lo que te quie —

— mo - li - ne - ra! Aun no te di - go to - do lo que te quie - ro lo que te quie —

The second system of the musical score consists of three staves. The top staff is a vocal line with lyrics: "¡Ay — mo li - ne - ro! Aun no te di - go to - do lo que te quie - ro lo que te quie —". The middle staff is another vocal line with lyrics: "— mo - li - ne - ra! Aun no te di - go to - do lo que te quie - ro lo que te quie —". The bottom staff is a piano accompaniment with a treble and bass clef, featuring a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes, with dynamic markings *f*, *cres*, and *ff*.

ro Ay mo li ne — ro!

ro Ay mo li - ne ra ay mo li - ne ra ay mo li - ne ra ay mo li - ne — ra!

The third system of the musical score consists of three staves. The top staff is a vocal line with lyrics: "ro Ay mo li ne ro ay mo li ne ro ay mo li ne ro ay mo li ne — ro!". The middle staff is another vocal line with lyrics: "ro Ay mo li - ne ra ay mo li - ne ra ay mo li - ne ra ay mo li - ne — ra!". The bottom staff is a piano accompaniment with a treble and bass clef, featuring a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes, with a dynamic marking *ff*.